322

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

ALFONSO XII, 13

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921

10

ALFONSO XII, 13

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1920, by José Fernández del Villar.

ALFONSO XII, 13

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 12 de noviembre de 1920

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M 551

1921

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/alfonsoxii13come17610fern

A los Sres. Doña Fabia Arin de Serrano y Don Arturo Serrano, en testimonio de afecto, de gratitud y de verdadera amistad.

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARY	María Gámez.
DOÑA FLORITA	Joaquina del Pino.
DOÑA TINA	Nieves Suárez.
ATOCHA	Carmen Posadas.
LA CONDESA	Blanquita Jiménez.
DOLLY	Isabel Plaza.
INÉS	Carmen G. Munuce.
SEÑORA PACA	Juanita Manso.
FANNY	Milagros Toldos.
DON GABRIEL LOZANO	Pedro Sepúlveda.
PERICO RETAMARES	José García Aguilar.
DON ROSENDO QUINTANILLA	Francisco Alarcón.
MORENITO	Francisco Pierrá.
DON GASPAR OYARZÁBAL	José Calle.
DON TOMÉ DE LA ZARZA	Pascual Rodrigo.
CASTRO	Antonio del Pino.
SORDILLO	Antonio Suárez.
GORITO	Faustino Cornejo.
MENESES	Lydia Medrano.

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

Habitación de una casa de nueva planta en la calle de Alfonso XII, en Madrid. A la derecha un balcón con doble cierre de puertas. En segundo término dos esbeltas columnas sostienen un amplio arco rebajado que da a otra habitación en cuyo chaflán hay un mirador. A la izquierda, puerta practicable. Las habitaciones desmanteladas, sin muebles ni cortinas. En un rincón un rollo de papel pintado. Es de dia y en el mes de septiembre.

—

(Al levantarse el telón aparecen CASTRO y SORDILLO subidos en escaleras de mano, empapelando la habitación a que da paso el arco del segundo término. Castro y Sordillo son dos obreros jóvenes, madrileños de nacimiento, que visten blusas de trabajo. Suministrándoles el papel que necesitan está MENESES, un aprendiz, muchacho de doce a quice años.)

Sordillo. (Cantando muy desentonadamente.)

¡Que no pué ser!...
¡Que no pué ser
bailar el chotis
traducido del francés!
¡Tararará!
¡Que no pué ser!...

Castro. (Casi a gritos.) ¡Oye tú, Sordillo: lo que no pué ser es que sigas cantando con esa oreja que Dios te ha dao que es talmente una carraca!

Sordillo. ¿Lo hago mal?

Castro. ¡Pa matarte, chico!

Sordillo. Pues mira tú lo que son las cosas; yo me creía un Tirita Rufo o algo por el orden.

611778

Castro. Lo inexplicable es que siendo sordo como eres, puedas quedarte, ni aún así, con tanta musiquilla.

Sordillo. Las aprendo de vista.

Castro. Sí, porque de oído te iba a ser muy difícil.

Sordillo. Compro las letras por una perra gorda y luego les cojo el movimiento a las cupleteras.

Castro. Y ¡ande el movimiento!

(Pequeña pausa.)

Sordillo. ¿Echamos un pito?

Castro. ¿Otro? ¡Que no hace ni diez minutos que hemos reanudao el trabajo, Sordillo!

Sordillo. ¿Y qué? ¡Que se chinche el capital que pa eso es capital! (Baja de la escalera.)

Castro. Y el día que se chinche del tó, que camino va de ello, nosotros vamos a comer proclamas.

Sordillo. ¡Gachó! ¡Bien se ve que eres de la «Unión Católica»!

Castro. Lo que soy es del sentido común, que hace unos años se ha perdío entre los obreros.

Sordillo. (Despreciando la monserga de su compañero.) Bueno, bajas, ¿o qué? (Enseñándole un cigarrillo de papel.) Aquí tienes el pito.

Castro. (Bajando de la escalera.) Bajaré porque no digas.

Sordillo. ¡Y ole! ¡Que fallezca el capital y viva el trabajo! (Le da el cigarro.)

Castro. ¿Qué trabajo?

Sordillo. El trabajo de no hacer na, que es el más pesao. (Castro, Meneses y Sordillo salen a escena.) ¿Fumas, peque?

Meneses. Si me lo da usté...

Sordillo. (Dándole un cigarro al aprendiz.) ¡A ver si te mareas!

Meneses. ¡Que se cree usté eso! (Tomando el cigarro.) ¡Arrea! ¡Y abuelito que es!

Sordillo. ¿Cómo abuelito?

Meneses. ¡Sesentón na más! De estos no los fuman ahora más que los privilegiaos.

Sordillo. Y los que como yo tién una novia estanquera.

Meneses. También.

(Los tres han encendido los pitillos y los tres fuman. Por la izquierda aparece la SEÑORA PACA, portera de la casa, mujer de unos cincuenta años.)

Señora Paca. ¡Hombre, y qué gusto! Se holga, ¿eh?, se holga.

Sordillo. Se hace lo que se puede, señora Paca.

Castro. Dios guarde a usté, portera.

Señora Paca. ¡Rediez! No les matará el trabajo, no.

Sordillo. Señora Paca, que usté es una mujer del pueblo y no está bien que se ponga de parte del capital.

Señora Paca. Me pongo de parte de la justicia; que no se sube una sola vez al piso que no se les encuentre a ustés o comiendo, o fumando, o discutiendo. ¡To menos empapelando, que es pa lo que les pagan!

Castro. (Un poco avergonzado.) ¿Lo estás viendo, Sordillo?

Señora Paca. ¡Que llevan ustés seis días pa estas dos habitaciones!

Castro. (A Sordillo.) ¡Y tiene razón la portera!

Sordillo. (Enfadado.) Pero, ¿qué va a tener razón? ¡Si no mirara'... Ya lo dice el refrán, señor: «Empapelao te veas, que pa años tienes». Y a nosotros, porque llevamos seis días, se nos echan encima los caballos. ¡Que no, hombre, que no!

(Dentro, hacia la izquierda, se oye la voz de DON GABRIEL LOZANO.)

Don Gabriel. (Dentro.) ¡Portera! ¡Portera!

Señora Paca. ¿Eh? ¿Quién me llama?

Don Gabriel. (Apareciendo por la izquierda.) ¿Portera?

Señora Paca. Servidora.

Don Gabriel. (A su sobrino PERICO RETAMARES, que también aparece por la izquierda.) ¡Aquí está, Perico! (A la señora Paca.) Oiga, portera; nosotros desearíamos ver el piso.

Señora Paca. No hay inconveniente.

Don Gabriel. Hemos preguntado en la portería y nos han dicho que usté estaba aquí. Por eso hemos subido.

Señora Paca. (Encaminándose hacia la habitación del foro.) ¡Pasen los señores!

Don Gabriel. (Contemplando la estancia.) Es bonito esto, ¿no, Perico?

Perico. ¡Soberbio! ¡Una maravilla! ¡Y qué luz más hermosa! .. (A su tío, en tono confidencial.) Veremos lo que se descuelgan pidiendo...

Don Gabriel. Eso no te importe.

Perico. ¡Bueno!

Don Gabriel. Hasta que tú no tengas tu clientela y adquieras nombre, fama y dinero, yo corro con todos los gastos.

Perico. ¡Tío, por Dios! ¿Cómo pagarle a usté?

Don Gabriel. ¡Anda! Vamos a ver el piso. (Saludando al pasar a los obreros con una inclinación de cabeza.) Buenas tardes.

Castro. (Quitándose la gorra.) Buenas tardes.

Sordillo. (Sin quitarse la gorra.) Abur.

Don Gabriel. (En la habitación del foro.) Y esta pieza, ¿es

poco linda? (Asomándose al mirador.) Y luego la vista del Retiro... Realmente que no encontramos nada mejor.

Perico. Seguro.

Don Gabriel. ¡Guíe usté, portera, guíe usté!

Señora Paca. ¡Por aquí! Pasen los señores.

(Desaparecen por la izquierda del foro don Gabriel Lozano, Perico Retamares y la señora Paca.)

Sordillo. (Indignado, a Castro.) ¿Me quiés decir por qué te has quitao la gorra, so pasmao?

Castro. ¡Hombre, pa saludar!

Sordillo. ¿Se han quitao ellos los sombreros pa ti?

Castro. ¡Qué cosas tienes, Sordillo!

Sordillo. ¡Pues igual! Tós somos unos. Desde hace tres años que yo no saludo, gorra en mano, más que a los cadáveres. Y a los vivos como los vivos me saludan, que pa vivo yo!

Castro. Ca uno tenemos nuestra manera de pensar.

Sordillo. Y con la tuya no se va más que a la esclavitud y a la merma de los derechos del proletariao. ¡Sicarios de la reación que seis!

Castro. Bueno, Sordillo, lo que quieras; pero vamos a trabajar, que a mí no me pone los carrillos coloraos más la portera.

Sordillo. ¡Mecachis!...

(Castro torna a subirse en la escalera y a empapelar la habitación del foro. Sordillo se resiste a reanudar el trabajo con el pretexto de apurar la colilla del cigarro.)

Castro. (Desde la escalera.) ¡Qué! ¿No vienes?

Sordillo. ¡Ya va, hombre, ya va; que estoy dándole las últimas trompás a esta colastra!

Castro. De tó haces pretexto pa estar mano sobre mano.

Sordillo. Porque soy un ser libre que ha nacío pa más altas empresas.

Castro. Pa colchón de muelles es pa lo que tú has nacío.

Sordillo. No me lo harás bueno.

Meneses. (Llevándose a Sordillo a un extremo de la habitación y en voz baja.) ¡Y diga usté que sí, señor Sordillo, que este señor Castro es un reacionario!

Sordillo. (Sorprendido.) ¡Meneses!...

Meneses. ¡Pero déjele usté, que ya le tenemos apuntao nosotros!

Sordillo. (Más sorprendido cada vez.) ¿Quiénes?

Meneses. ¡Nosotros; los de la «Juventud bolcheviquista!»

Sordillo. ¡Atiza! Pero, ¿tú eres de la «Juventud bolcheviquista», peque?

Meneses. ¡Vocal na más!

Sordillo. ¡Mi madre! ¿Tú has oído, Castro?

Castro. ¿El qué?

Meneses. (Aparte a Sordillo.) ¡No se lo vaya usté a decir!

Sordillo. (Entrando en la habitación del foro.) ¡Que Meneses es de la «Juventud bolchequivista»!

Castro ¿Meneses?

Meneses. ¡No le haga usté caso, señor Castro, que lo dice de broma!

Castro. ¡Tendría que ver!

Meneses. (No se pué hacer confianza con nadie. ¡Eso está visto!)

(Sordillo ha subido a su escalera y trabaja. Meneses también entra en la habitación del foro a cumplir con su obligación. Pequeña pausa. En el piso de abajo se oye tocar un piano. Por la izquierda entran nuevamente DON GABRIEL LOZANO, PERICO RETAMARES y la SEÑORA PACA. Don Gabriel Lozano es un viejo de sesenta y tantos años, pulcro y simpático, fuerte y enhiesto como un roble, que gasta patillas blancas a lo Campoamor. Perico Retamares, su sobrino, es un muchacho de veinticinco primaveras, doctor en Medicina, de carácter franco y alegre, que viste con elegancia un traje claro de lauilla, de irreprochable corte.)

Don Gabriel. ¡Precioso, precioso! No encontraremos otro, Perico.

Perico. Un poco grande para nosotros me parece.

Señora Paca. ¿Son muchos de familia?

Don Gabriel. Mi sobrino y yo.

Señora Paca. ¿Na más? Entonces tié razón aquí el señor; les sobra a ustés la mitad del piso.

Don Gabriel. No le hace, portera. Yo prefiero para vivir, la casa amplia y holgada, y no esos tabuquitos donde no puede uno rebullirse. (A la señora Paca.) El número de la casa, es...

Señora Paca. Trece.

Don Gabriel. ¡Alfonso XII, 13! ¡Hombre! ¿A quién conozco yo que vive aquí? ¡Ah, sí, Quintanilla! ¿No vive aquí don Rosendo Quintanilla?

Señora Paca. En el piso de junto.

Perico. ¿Quién es Quintanilla, tío?

Don Gabriel. Lo más divertido que puedas imaginarte. Ya te lo presentaré si nos mudamos. Hace unos años, era Quintanilla un pobre diablo que tenía una modesta fabriquita de curtidos en la calle de los Tres Peces, y hoy te lo encuentras convertido en un elevado personaje, que se trata con lo principal de Madrid y apalea los millones.

Perico. ¿Y a qué se debe el cambio? ¿Una herencia quizá?

Don Gabriel. ¡A la guerra, hijo, que ha improvisado tantas fortunas!

Perico. Ya.

Don Gabriel. Pero lo gracioso del tipo, lo que le hace digno de figurar en las antologías de lo pintoresco, es el afán que muestra por ocultar su pasado y por aparecer como elegante y distinguido. Y ya comprenderás que se tira cada plancha... Yo he tenido ocasión de conocerle en Bolsa. ¡Es delicioso! En fin, te contaré un detalle suyo para que juzgues. El hombre no tiene más familia que su mujer—doña Tina, también merecedora de estudio—y una hija, guapa moza por cierto. La muchacha fué bautizada con el simpático y madrileñísimo nombre de Atocha; pero Quintanilla, creyendo sin duda que Atocha se refiere al barrio y no a la Virgen, al cambiar de vida ha querido ponerle a su chica Salamanca. ¡Con esto te lo digo todo!

Perico. (Riéndose.) ¡Señores, qué melón!

Don Gabriel. Sobrino, se me figura que ofendes al melón al compararlo con Quintanilla.

Perico. ¡Qué ocurrencia!

Don Gabriel. Bueno; vamos a lo que nos interesa por el pronto. (A la señora Paca, que se hace la distraída, pero que no ha perdido ripio de la conversación.) ¡Portera!

Señora Paca. ¿Señor?

Don Gabriel. De modo que hemos dicho que la renta del cuarto...

Perico. ¡Ah! Pero ¿definitivamente está usté decidido a que nos mudemos aquí?

Don Gabriel. ¿Ah, no? ¡Pues tú dirás!

Perico. Yo insisto en lo mío, en que me parece demasiada casa para nosotros.

Don Gabriel. Por el momento, tal vez; pero, ¿y luego, el día que te cases?

Perico. ¿Quién piensa en eso?

Don Gabriel. Tú debes pensar.

Perico. Para casarme me falta todo: posición, ingresos... ¡Hasta novia me falta!

Don Gabriel. ¿Novia? Aquí, en Madrid, la encontrarás en seguida. En cuanto te relaciones un poco... ¡Y yo me encargo de ello!

Perico. Pero tío, usté es mi providencia; se encarga de todo, de pagarme el piso, de buscarme la novia...

Don Gabriel. ¡Bah, bah! No divaguemos. ¿Renta del cuarto, portera?

Señora Paca. Ya lo sabe el señor: siete mil pesetas.

Don Gabriel. ¡Caray! ¡Siete mil pesetas! No es grano de anís.

Señora Paca. Tenga en cuenta el señor que para el sitio en que está la casa no es caro.

Don Gabriel. Bien, bien. ¿Y dice usté que la dueña vive abajo?

Señora Paca. Sí, señor; pero con quien hay que entenderse para firmar el contrato es con el administrador, don Gaspar Oyarzábal.

Don Gabriel. ¿Don Gaspar Oyarzábal es el administrador de esta finca?

Señora Paca. ¿Le conoce usté?

Don Gabriel. ¡Muy amigo mío!

Señora Paca. ¿Ah, sí?

Don Gabriel. ¿Gasparito? ¡Ya lo creo!

Señora Paca. En ese caso, puede que le haga a usté alguna rebaja. El piso rentaba con los anteriores inquilinos seis mil pesetas, pero al quedar desocupado le subieron a siete.

Don Gabriel. ¡Nada menos! ¡Mil pesetas de golpe! ¡Así da gusto!

Señora Paca. Como hay esta escasez de cuartos en Madrid...

Don Gabriel. Los caseros se aprovechan y hacen bien. ¡Qué demonio! Este es el país de los aprovechados. En fin, Perico, no nos entretengamos más. (A la señora Paca.) Oyarzábal sigue viviendo donde siempre, ¿no? Alcalá, ciento doce.

Señora Paca. Sí, señor: Alcalá, ciento doce.

Don Gabriel. (A Perico.) ¡Pues vamos!

Señora Paca. Algo debo de advertirles antes a los señores por ser de mi obligación...

Don Gabriel. Usté nos dirá, portera.

Señora Paca. Que la señora...

Don Gabriel. ¿Qué señora?

Señora Paca. La dueña.

Don Gabriel. ¡Bien!

Señora Paca. No quiere que haya en la casa ni perros ni gatos.

Don Gabriel. Carecemos de animales domésticos.

Señora Paca. ¡Más vale así! Y otra condición que la dueña impone también a todos los vecinos es la de que no toquen el piano.

Don Gabriel. Tampoco tenemos piano nosotros.

Señora Paca. ¡Pues nada más!

Perico. Pero dígame, portera: ¿entonces ese piano que suena?...

Señora Paca. ¡Es de la dueña!

Perico. ¡Ya!

Don Gabriel. ¡Por lo visto es que quiere tener la exclusiva!

Señora Paca. Comprenderán los señores...

Don Gabriel. ¡Nada, mujer!

Señora Paca. Una, lo que le mandan...

Perico. ¡Es claro!

Don Gabriel. Si nos arreglamos con el administrador ya vendremos a decírselo a usté para que quite los papeles.

Señora Paca. Como gusten los señores.

Don Gabriel. Buenas tardes.

Perico Buenas tardes.

Señora Paca. ¡Vayan con Dios los señores!

(Don Gabriel y Perico se marchan por la izquierda. Dentro se oyen fuertes ladridos.)

Don Gabriel. (Dentro.) ¡Fuera, chucho! ¡Portera! ¡Portera!

Señora Paca. (A la puerta de la izquierda.) ¡Quieto, León! ¡Ven aquí! Pasen los señores sin miedo; no muerde.

Don Gabriel. (Apareciendo de nuevo.) Pero escuche, portera, y perdone si es indiscreta la pregunta. Y este perrito ¿de quién es? ¿También de la dueña?

Señora Paca. No, señor. ¡Es mío!

Don Gabriel. ¡Ah! ¡Debí suponérmelo! ¡Vaya! Buenas tardes. (Desaparece.)

Señora Paca Buenas tardes, señor. ¡Son simpáticos! (Dirigiéndose hacia el balcón con ánimo de entornar las puertas de madera.) Entornaré estas puertas, porque entra tanta flama que se come el color de las paredes. (Dentro suena un timbre.) ¿Llaman? (Encaminándose hacia la izquierda) ¡Adelante quien sea!

(A poco aparece por la izquierda DOÑA TINA, esposa de don Rosendo Quintanilla, en traje de casa, vistoso y llamativo, y alhajada como para ir a un sarao; en el pelo lleva unos cuantos lacitos de colores. Doña Tina es una mujer guapota y fresca, a pesar de sus cuarenta y tantos años.)

Doña Tina. ¿Paca? ¡Paca!

Señora Paca. ¡Pase usté, doña Tina!

Doña Tina. ¡Hola, Paca!

Señora Paca ¿Qué se le ofrece a usté, señora?

Doña Tina. Unas amigas mías que han venido a visitarme y, al enterarse de que había un cuarto libre en la casa, han mostrado deseos de verle. Es la familia de don Tomé de la Zarza...

Señora Paca. ¿El senador?

Doña Tina. ¿Las conoce usté?

Señora Paca. ¿A don Tomé? Sí, señora; por una re-

comendación suya que le pidió el señorito don Jorge, el vecino del tercero izquierda, se colocó mi marido en el Ayuntamiento.

Doña Tina. Ya.

Señora Paca. (Contestando a un movimiento de doña Tina.) Que vengan cuando quieran. Aquí espero yo.

Doña Tina. Muchas gracias, Paca. Voy a avisarles. Hasta ahora mismo.

Señora Paca. ¡Adiós, señora! (Doña Tina se marcha por la izquierda.)

Sordillo. (Desde lo alto de la escalera en que está subido.) ¡Oiga usté, portera!

Señora Paca. ¿Qué hay?

Sordillo. ¿Se rifa?

Señora Paca. ¿Quién?

Sordillo. (Con sorna.) ¡El loro!

Señora Paca. ¿Quién? (Castro, Sordillo y Meneses se ríen. La señora Paca se da cuenta de la broma y se indigna.) ¡Vaya, vaya! Más valía que aprendieran ustés a respetar a las señoras

Sordillo. ¿Nosotros?

Señora Paca. (Marchándose por la izquierda.) (¡Qué gentuza!)

Castro. ¡Se ha enfadao la portera con lo del loro, Sordillo!

Sordillo. ¡A ver! ¡Como ella es una cotorra, le molesta que se ataque a la especie!

(Dentro, hacia la izquierda, se oye un alegre murmullo de risas y de voces femeninas. Precedidas por la SEÑORA PACA, entran en escena DOÑA TINA y DOÑA FLORITA, en primer lugar; después MARY, ATOCHA y FANNY. Doña Florita, esposa de don Tomé de la Zarza, es una respetable señora de cincuenta años que aún conserva rasgos de su pasada hermosura; viste de negro con señoril distinción. Mary, la mayor de las hijas de doña Florita, es una muchacha de veintidós abriles, bonita como una rosa y de carácter díscolo y autoritario; viste un traje claro vaporoso y elegante y se toca con un gracioso «canotier». Fanny, la segunda de las hijas de doña Florita, cuenta veinte años y es, en cuanto al carácter, todo lo contrario que Mary; calladita, humilde y resignada. Atocha, hija única del matrimonio Quintanilla, es una jovencita alegre y despierta que viste un traje de casa, rico pero charro por el color y por la hechura.)

Señora Paca. ¡Por aquí! Pasen ustés, señoras, pasen ustés.

Doña Tina. (Invitando a pasar a doña Florita.) ¡Ande usté, doña Florita!

Doña Florita. ¡De ninguna manera, doña Tina! Usté primero.

Doña Tina. (Entrando en escena después de agradecer con

una sonrisa la deferencia de la señora de la Zarza.) ¡Muy amable! El piso tiene la misma distribución que el nuestro, ¿no, Paca?

Señora Paca. La misma; sí, señora.

Doña Florita. ¿Qué te parece, Mery?

Mary. ¡Encantador, mamá! Yo creo que con los ojos cerrados debíamos, esta misma tarde, telefonearle a del Rieu.

Doña Florita. No empieces con tus prontos, niña. Lo primero es que el piso nos convenga, y lo segundo que tu padre esté conforme con la mudanza.

Mary. ¿Quién, papá? ¡Pues si no desea otra cosa el pobre! La que no quiere mudarse eres tú, aunque lo disimules.

Doña Florita. ¿Yo?

Mary. Sí, mamá, tú. Y es menester que te convenzas de que seguir viviendo donde vivimos, es imposible. Aquello es un descampado, allí no va nadie. No tienes más que ver que hasta el tranvía, cuando llega a nuestra casa, se está parado cinco minutos para tomar aliento y poder continuar su camino. ¿Qué no le sucederá a las personas? Y así se da el caso extraordinario de que sin ser feas del todo, como no lo somos ninguna de tus hijas, estemos todavía en estado de merecer. Y eso, mamá, comprenderás que nos fastidia un poco. Y no es que no nos salgan pretendientes, que nos salen siempre que venimos al centro, pero en cuanto los pobres tienen que encajar, siguiéndonos, hasta los altos de la calle de Velázquez, se les arruga el entusiasmo y perdonan el bollo por el coscorrón. De modo, que lo mires por donde lo mires, hemos de mudarnos y de mudarnos mejor aquí, donde tenemos amigos, que no a otra parte. ¿No digo bien, doña Tina?

Doña Tina. Hija, yo en eso no puedo opinar. ¡Allá tu madre! Pero en lo que no estoy conforme, desde luego, es en lo que has dicho de los novios. ¿No tiene novio Dolly?

Mary. Quién, ¿mi hermana? ¡Sí que tiene novio! Pero ¿sabe usté por qué? Pues porque Gorito se presentó concejal en las pasadas elecciones por el distrito nuestro y, como papá es persona influyente en la política y tiene muchos conocimientos en aquel barrio, el muchacho, para asegurar su triunfo, se impuso la obligación de ir todos los días por casa y allí conoció a Dolly y se enamoró de ella. Si no ¿de dónde? Y como usté podrá suponer no vamos a estar las demás esperando a que haya otras elecciones para ir sacando novios poco a poco. ¡Se nos va a pasar la juventud en la espera!

Doña Florita. Desengáñese usté, doña Tina, que a esta hija mía, si la dejan hablar, no la ahorcan.

Mary. ¡No, si es broma lo que estoy diciendo!

Doña Florita. Quien te oiga no creerá sino que vives desterrada. Y nos pasamos la vida, señora, entre la Puerta del Sol, Alcalá y el Paseo de Recoletos.

Mary. En el auto.

Doña Florita. ¡Tanto mejor!

Mary. Es que tú no sabes, mamaíta, lo enojoso que resulta no poder salir a la calle como no sea en el automóvil.

Doña Florita. Para eso lo tienes, hija; y dos por falta de uno. Otras se podrán quejar y no tú.

Atocha. ¡Y bien bonito, por cierto, que es el nuevo!

Mary. ¿Lo has visto?

Atocha. ¡Precioso, chica!

Mary. Ayer lo estrenamos. Fuimos, en viaje de prueba, hasta el Plantío a ver a las de Algorta y toda la excursión la hicimos en tercera.

Doña Tina. ¿En tercera? ¡Qué raro!

Mary. ¿Por qué?

Doña Tina. Nosotras, gracias a Dios y en buena hora lo diga, a todas partes hemos ido siempre en primera.

Mary. ¿En primera?

Atocha. (En tono de dulce reconvención.) ¡Mamá!...

Doña Tina. (Tomando el rábano por las hojas.) ¿Es mentira? En primera fuimos el año pasado a San Sebastián y en primera volvimos a Madrid.

Atocha. Sí, mamá; en primera y con cama, pero como Mery se refiere a la marcha del automóvil...

Doña Tina. (Comprendiendo que ha metido la pata, procura echarlo a broma para disimular.) ¡Ya, al automóvil! Pues en el automóvil no me negarás, hija mía, que si no vamos en primera, vamos de primera. Eso de ir en tercera, ¡qué se yo!, se me figura a mí poco elegante.

Doña Florita. ¡Qué graciosa!

Atocha. (A Mary.) Y qué, ¿marcha bien?

Mary. ¡Como los ángeles, chica!

Doña Florita. ¡Podía marchar mal después de las cien mil pesetas que ha importado!

Doña Tina. ¿Cien mil pesetas?

Doña Florita. ¡Veinte mil duros, señora, que se dice muy pronto!

Doña Tina. ¡Tendrá música!

Doña Florita. No, señora, que no tiene música.

Doña Tina. ¡Pues no me lo explico! ¡Qué horror! ¡Cien mil pesetas! ¿Cuánto le costó a tu padre el *Pacar*, Atocha?

Atocha. ¡Packard, mamá!

Doña Tina. Pues ¿qué he dicho yo?

Atocha. *Pacar.*

Doña Tina. ¡Le habré mudao la coma!

Atocha. (¡Anda con ella! Está hoy mi madre...)

Doña Tina. ¿Qué le costó?

Atocha. Mucho menos, mamá; bastante menos.

Mary. Pero el coche de ustedes también es un buen coche.

Doña Florita. ¡Qué duda tiene! Si esto del Roll es una cosa que clama al cielo. ¡Veinte mil duros!... Ahora que se le metió a la niña en la cabeza tener un Roll, y su padre, por no llevarle la contraria, Roll que le ha comprado.

Doña Tina. Como es su ojito derecho...

Doña Florita. Su ojito derecho y el tirano de la casa, doña Tina, ya lo sabe usté. Manda en todos y dispone de todo. Y como quiera que no se la puede privar de ningún gusto ni contradecirla en nada porque en seguida le da el ataque y se echa a morir, de ahí que nos traiga fritos y que haga mangas y capirotes de la familia.

Doña Tina. Pero, ¿no va mejor?

Doña Florita. Sí, va mejor.

Doña Tina ¿Y qué dicen los médicos?

Doña Florita. Pues que si es histerismo, que si es neurastenia, que si es pobreza de sangre y es... ¡estar constantemente con el alma en un hilo y no poderla aguantar, señora!

Mary. ¡Por Dios, mamá! Cualquiera que te oiga...

Fanny. (Tímidamente.) No le dirá que miente.

Mary. (Volviéndose airada como un avispa hacia su hermana.) ¡Mira, tú te callas, Fanny!

Doña Florita. ¿Más callada que está la pobre, que no ha despegado sus labios en toda la tarde?

Mary. ¡Bueno!

Doña Florita. (A doña Tina.) A Fanny es que la tiene dominada; no puede la criatura ni moverse.

Atocha. (A Mary.) ¿Y se puede saber qué habéis hecho con el coche viejo?

Mary. ¿Con el Clement? Dejárselo a papá para que le lleve al Senado y para que haga sus visitas. Como papá nunca tiene prisa, pues en el Clement va bien a todos lados.

Atocha. (Mirando hacia la izquierda.) Aquí está Dolly.

(En efecto, por la izquierda aparece DOLLY. Es la menor de las hijas de doña Florita; una chiquilla de diez y ocho años pronta en la respuesta, inquieta en los ademanes, bullanguera y revolucionaria, capaz ella sola de alborotar un pueblo.)

Mary. Oye, Dolly, ¿y Gorito?

Dolly. Con don Rosendo se ha quedado hablando. Ahora vendrá. ¿Qué tal el piso? ¿Sirve?

Doña Florita. No sabemos, hija.

Dolly. ¿Y eso?

Doña Florita. Nos paramos aquí a charlar y aún no le hemos visto.

Dolly. ¡Sí que es humor!

Doña Florita. Pero vedlo vosotras. A Mery le encanta.

Dolly. ¿Sí?

Mary. ¡Figúrate! Es igual que el de Atocha, y además en esquina. ¡Anda, acompáñanos! Vamos a hacer la distribución de las habitaciones.

Dolly. Esta para mí.

Mary. No, hija, que esta la tengo elegida yo.

Dolly. ¿Ah, sí?

Mary. ¡Haber llegado antes!

Dolly. Bueno, bueno.

Mary. Pero descuida, que ya te encontraremos una a tu gusto.

Dolly. Bueno, bueno.

Atocha. ¡Ay, chicas, qué alegría si os mudarais! ¡Lo bien que lo íbamos a pasar!

Dolly. ¡Calcula!

Señora Paca. ¿Las acompaño, señoritas?

Atocha. No, muchas gracias, Paca. ¡Ya sabemos! (Desaparecen por el foro Mary, Atocha, Fanny y Dolly.)

Señora Paca. (A doña Florita y doña Tina.) Entonces, con el permiso de las señoras, voy a echarle un vistazo a la portería, que hace más de una hora que la tengo abandonada.

Doña Tina. No faltaba más.

(La señora Paca se marcha por la izquierda.)

Doña Tina. ¿Y usted no quiere verle, doña Florita?

Doña Florita. ¿El piso? ¿Para qué?

(Por la izquierda entran DON TOMÉ DE LA ZARZA, DON ROSENDO QUINTANILLA, GORITO y MORENITO. Don Tomé es un senador vitalicio, muy pagado de su persona; habla escuchándose y siempre en un tono declamatorio y campanudo. Morenito, secretario particular de don Tomé, es un muchacho listo y avispado, Gorito, un pollo líquido de la crema madrileña, atildado y pulcro, y don Rosendo Quintanilla, un hombre de cincuenta años, de calva zapateril, que viste chaquet con trencilla, pantalón listado y chaleco de fantasía, vivo de color.)

Doña Tina. ¡Caramba! Mire usté a quién tenemos aquí.

Doña Fiorita. ¿Mi marido? ¡Tomé! ¿Cómo tú por aquí a estas horas?

Don Tomé. ¡Ahí verás! Que al pasar, vi parado vuestro coche a la puerta y me dije: seguramente que la familia está de visita en casa de Quintanilla; subiré yo también un momento para tener el gusto de saludar a esos buenos amigos.

Doña Tina. Muy amable ¡Por Dios!

Don Rosendo. Que es lo que yo le he dicho, que pa qué se ha molestao en subir; que de haberlo sabido, nosotros hubiéramos bajao a la portería...

Doña Tina. (Volada.) ¡Rosendo!

Don Tomé. (Echándolo a broma.) ¡Este don Rosendo!... (Dándole la mano a doña Tina.) ¿Qué tal, señora?

Doña Tina. Muy bien. ¿Y usté?

Don Tomé. Pchs. ¡Vamos tirando!

Don Rosendo. ¡Hay que ver! Tirando dice y tié dos autos. ¡Estos que se quejan de vicio!

Doña Tina. (En ascuas.) ¡Rosendo, haz el favor!...

Don Tomé. ¡Déjele usté!

Doña Tina. A la señora y las niñas ya las he visto tan buenas.

Don Tomé. No van mal, a Dios gracias, salvo Mery...

Doña Tina. ¿Mery?

Don Tomé. ¡Padece una hiperestesia muy aguda!

Don Rosendo. ¿Cómo?

Don Tomé. Y esa continuidad de los ataques me trae preocupado, francamente, preocupado.

Doña Tina. ¡Vaya, vaya, usté también exagera!

Don Rosendo. ¡Y tanto que exagera! ¡Como que a esa chica, lo que le está haciendo falta es un marido! (Gran sorpresa en todos.)

Doña Tina. (Lívida.) ¡Rosendo!

Don Rosendo. ¡Pa que la meta en cintura!

Doña Tina. (Respirando.) ¡Ah!

Don Rosendo. Porque aquí, a sus padres, tó se les vuelve cuidarle la enfermedad, que pa rato tienen. Que la chica pide torreznos—pongo por cosa fina y de antojo—¡pos torreznos! Que huevos deshilachaos, ¡pos huevos! Y así no hay modo. Pero que la Mery tuviese un marido, que ganase poco sueldo además, y ya verían ustés el cambio repentino. Que quería torreznos, pos patatas a lo pobre; que huevos al plato, pos ensalá de escabeche y el plato a la cabeza. A los dos días de este tratamiento, la perestesia liquidá y la chica buena.

Doña Tina. ¡Qué salvaje eres!

Don Rosendo. Sí, sí, salvaje; si a mí mi Mediodía...

Don Tomé. ¿Quién?

Doña Florita. Su hija, Atocha.

Don Tomé. ¿Y por qué la llama así?

Doña Tina. Porque dice que Atocha es un nombre basto que no le gusta.

Don Tomé. (Riéndose.) ¡Qué curioso!

Don Rosendo. ¡El curioso es usté, que lo ha preguntao!

Don Tomé. ¡Don Rosendo!

Don Rosendo. Sobre que aquí en Madrid se dice *distintamente* Mediodía o Atocha, y tós lo comprenden. Digo, usté lo sabe!

Don Tomé. ¡De acuerdo! Adelante, adelante.

Don Rosendo. Pos si a mí mi hija, repito, me saliese ahora con que le daban ataques *perestésicos*, de esos que le dan a la suya,—¡mi madre!—la breaba a trancazos. Y la quiero a cegar. ¡Pero a mí, no! Los melindres pa la confitería!

Morenito. (A Gorito, en voz baja.) ¡Qué bruto es este pobre señor!

Gorito. ¡ No lo sabe usté bien!

Don Tomé. (Dándole a don Rosendo una palmadita cariñosa en la espalda.) ¡Don Rosendo siempre tan famoso!

Doña Tina. ¡Muy famoso! Pero lo que es a mí, me saca de quicio con sus *famoserías*.

Morenito. (A Gorito.) ¡También la señora se las trae!

Gorito. ¡Es una familia de sainete!

Don Tomé. Bueno. ¿Y las chicas?

Doña Florita. Viendo el piso. ¿No te ha dicho Quintanilla?...

Don Tomé. Sí, algo me ha dicho.

(Por el foro aparece DOLLY.)

Dolly. Mamaíta, de parte de Mery... ¡Ah, que está aquí papá!

Doña Florita. Avisa a tus hermanas.

Dolly. (Alzando la voz.) ¡Mery! ¡Fanny!... ¡Que está aquí papá! (Acercándose a su padre.) ¿Cuándo has venido? (Saludando a Morenito.) ¡Hola, Morenito! (A su novio, en voz baja.) ¿Te aburres?

Gorito. ¡Chica, es una visita de plomo!

Dolly. ¡Ya nos vamos!

(Por el foro salen a escena MARY, ATOCHA y FANNY.)

Mary. (A don Tomé.) En tu vida has podido estar más oportuno, papá.

Don Tomé. ¿De veras? (Saludando a Atocha.) ¿Qué tal, pollita?

Mary. ¡Ya tenemos casa! ¡Un piso lindísimo!

Don Tomé. ¡Qué me cuentas?

Mary. Para nosotros, ni pintado. ¡Y en un sitio po-

cho además! En la calle de Alfonso XII. ¡Casi nada! Cuando sepan en Palacio que te has mudado aquí verás si causa buen efecto. ¡Y hasta puede que te sirva para tu carrera política.

Don Tomé. ¡Hija, por Dios!

Mary. ¡Ah, no lo dudes! Que en Palacio se pagan mucho de estas cosas; que no es lo mismo para un senador idóneo como tú el vivir en la calle de Alfonso XII, 13, que en la de Velázquez, esquina a Padilla. ¡Que hay que saber quién fué Padilla, papaíto! ¡Un comunero!

Don Rosendo. (Maravillado.) ¿Es posible? ¡Las cosas de Madrid! ¡Hay que ver! ¡Hasta los poceros tienen calle!

Don Tomé. ¡Don Rosendo!...

Mary. La distribución del piso ya la tengo yo hecha. ¡Para mí estas dos habitaciones!

Don Tomé. ¡Pues sí que es una distribución!

Dolly. ¡Y como tonta escoge lo mejor de la casa!

Mary. ¡Mira, de eso no hables, Dolly, porque no estoy dispuesta a ceder! Estas habitaciones son para mí y ya está dicho. Desde luego mudándole el papel a esta pieza, que es muy oscuro, por otro de tonos más claros. (Señalando en la habitación los sitios donde ha de colocar cada mueble.) Aquí mi lavabo, aquí el ropero, aquí mi cama; la «coqueta» aquí, aquí la «chaisse-longue»... No, la «chaisse-longue» aquí y aquí la «coqueta». ¡Ya lo creo! Es mejor. ¡Sin duda! (Yendo a la habitación del foro y dirigiéndose a los papelistas.) Oigan ustedes; no habrá inconveniente en cambiar el papel de esta habitación por otro más clarito, ¿verdad?

Castro. Si lo dispone la dueña...

Mary. (Saliendo de nuevo a escena y dirigiéndose a doña Tina.) Doña Tina, de aquí su influencia de usté con la dueña de la casa; es menester que consigamos que muden este papel por otro más llevadero a la vista. Lo conseguiremos, ¿verdad?

Doña Tina. Se hará lo posible.

Mary. Y si no quiere mudarlo la dueña lo mudaré yo... ¡Qué demonio! Después de todo... ¿Verdad, papá?

Doña Florita. Pero, hija, hablas y hablas y dispones y arreglas como si la mudanza fuera ya un hecho.

Mary. (Con desilusión.) Ah, ¿no? Pero ¿no nos vamos a mudar? (Acercándose a su padre y acariciándole muy mimosa.) ¿Verdad, papaíto, que sí? ¡Tú no me engañas! Nos mudaremos. ¡Mira que estaba yo rabiando por tener un pisito como este, en el centro!... ¡Anda, dime que sí! No me martirices.

Don Tomé. Por mí... ¡Lo que quiera tu madre!

Doña Florita. A mí no me cargues el mochuelo. Tú ordenas... ¡y en paz!

Don Tomé. ¿Tú has visto el piso?

Doña Florita. (Con gesto desabrido.) ¡Ni ganas!

Mary. (A su padre.) Mamá ya sabes que no quiere salir del destierro donde estamos. ¡A ella no le preguntes!

Don Tomé. (Cediendo.) Realmente que este sitio es mucho mejor, Florita, y que a mí me coge más cerca de mis ocupaciones es indudable ¡Eso no se puede negar!

Doña Florita. (Furiosa) Lo que no se puede negar es que eres un calzonazos y que te haces de miel y que así te comen las moscas. ¡No sirves para ser padre, Tomé!

Don Tomé. Mujer, ¡y que lo digas tú después de esto! (Y señala a sus hijas.)

Doña Florita. ¡Patoso!

Mary. ¡Nada, nada, papaíto! ¡Mamá, no pongas esa cara! (Acercándose a su madre con mimosería.) ¡Anda, ríete! ¡Dile que sí a papá!

Doña Florita. Yo... ¡Que haga lo que quiera!

Mary. ¡Ay, qué buena eres! (Le da dos besos.) ¡Ya lo sabes, papá!

Doña Florita. ¡Zalamerías son las que no te faltan!

Mary. Buscas al administrador y le firmas el contrato; que no se te olvide decirle lo del papel de esta habitación que no me gusta. ¡Ay, qué contenta estoy! (Volviendo a hacer la distribución de sus muebles.) Aquí el ropero, aquí mi cama... ¡Y luego este balcón, es una delicia, para pasarme las mañanas, mientras rezo mis oraciones, contemplando la arboleda del Retiro! (A la SEÑORA PACA que en este momento entra por la izquierda.) ¡Portera, sabrá usté que nos quedamos con el cuarto!

Señora Paca. (Consternada.) No me diga usté, señorita. ¿Es posible?

Mary. ¡Sí, señora!

Señora Paca. Pos casualmente, en este momento, acaba de alquilarse. Ahora venía yo a quitar los papeles.

Mary. ¿Cómo?

Dolly. ¿Que se ha alquilado el piso?

Doña Tina ¿Es de veras?

Atocha. Pero ¿quién lo ha alquilado?

Señora Paca. Pos unos señores que estuvieron aquí antes: tío y sobrino. Si yo hubiera sabido...

Mary. ¡Ah, no! ¡Eso no puede ser!

Señora Paca. ¡Que sí, señorita!

Mary. Le digo a usté que no. ¡Ca! ¿De dónde? Ese contrato no es válido, no puede servir. ¡Lo quería yo el piso!

Don Tomé. ¡Pero, hija!

Mary. Nada, papá. Es preciso que lo arregles, que revuelvas Roma con Santiago para que ese contrato no prospere. ¡Pues no faltaba más! ¡Hazlo por mí, por tu hija!... ¡Quedarme yo sin el piso! ¡Vamos! ¡Con tanta ilusión que ya tenía!...

(Por la izquierda aparecen DON GABRIEL LOZANO y PERICO RETAMARES.)

Don Gabriel. ¿Portera? ¡Portera!

Señora Paca. (En tono confidencial a Mary.) ¡Ah! Estos señores son los nuevos inquilinos.

Mary. (Retirándose malhumorada con Atocha, Dolly y Fanny a un extremo de la habitación.) ¡Uf! ¡Qué antipáticos!

Don Gabriel. (Saludando descubriéndose a los que están en escena.) Portera... Buenas tardes... (A la señora Paca.) Que se nos había olvidado decirle a usté que haga el favor de encargarse de buscar una mujer que limpie y friegue el cuarto... Ahí van cinco duros... (Le entrega un billete y se queda mirando a don Tomé, que tampoco le quita ojo.) ¡Pero, calle!... (Acudiendo, sombrero en mano, a saludar a don Tomé.) ¡Señor de la Zarza!...

Don Tomé. ¡Señor Lozano!... Yo decía: esta cara la conozco yo. ¡Y tanto!

Don Gabriel. ¿Cómo va?

Don Tomé. (Presentando a doña Florita.) Mi esposa.

Don Gabriel. ¡A los piés de usté, señora!

Doña Florita. Beso a usté la mano.

Don Gabriel. (Al volverse reconoce a Quintanilla y lo saluda.) ¡Caramba! ¡Señor Quintanilla! ¿Cómo habré yo entrado que no he visto a nadie? ¿Qué tal? (Saludando a doña Tina.) Señora...

Don Tomé. (Presentando a sus hijas.) Mis hijas.

Don Rosendo. (Señalando a Atocha, que está en el grupo.) Aquella es mía.

Don Gabriel. Tanto gusto...

Don Tomé. (Acabando las presentaciones.) Mi secretario. Don Gregorio Ansúrez, novio de mi hija Dolly.

Don Gabriel. ¡Ah! (Saludos, apretones de manos, etc.) Perdonen ustedes ¿eh?

Don Tomé. ¡Por Dios!

Don Rosendo. ¿De modo que le tenemos a usté de vecino?

Don Gabriel. Así parece. ¡Perico! ¿Qué haces ahí? ¡Acércate, hombre! Te presentaré. Mi sobrino... Señores de la Zarza... Señores de Quintanilla .. Señor Ansúrez... (Nuevos saludos.)

Perico. Servidor.

Don Gabriel. (Deteniéndose al presentar a Morenito.) Señor...

Don Tomé. Moreno.

Don Gabriel. ¡Ah!

Perico. (Reconociendo en Morenito a un antiguo amigo y abrazándole con efusión.) ¡Morenito! ¡Chico!

Morenito. ¡Perico!

Don Gabriel. ¿Se conocían ustedes?

Morenito. ¡Ya lo creo! (Siguen hablando en voz baja.)

Don Gabriel. (A don Tomé.) ¿Estaban viendo el piso quizás?

Don Tomé. No, señor.

Doña Florita. Las chicas, que por curiosidad...

Don Gabriel. ¡Ah!

Don Tomé. El que por lo visto se nos instala en Madrid definitivamente es usté.

Don Gabriel. Sí, señor; harto ya de hoteles me he decidido a poner casa.

Don Tomé. Bien hecho. Por mucha comodidad que haya en un hotel, nunca se está como en la casa propia.

Don Gabriel. Pero en mi situación tenía disculpa. ¡Un hombre solo!...

Don Tomé. Verdad que a usté no se le ha conocido familia.

Don Gabriel. En este sobrino, hijo de mi hermana Dolores, que santa gloria haya, empieza y acaba toda mi parentela.

Perico. (A Morenito.) ¿Y qué es de tu vida?

Morenito. Pues ya ves, aquí me tienes, de secretario del señor la Zarza. ¿Y tú? ¡Cuántos años sin verte Lo menos cuatro.

Perico. El tiempo que he estado en Alemania.

Morenito. ¿Ah, sí?

Perico. Estudiando la especialidad.

Morenito. ¡Vaya!

Perico. Bien, hombre. ¡Qué alegría!

Mary. (A sus hermanas y a Atocha.) Veréis cómo papá no les dice nada del piso. ¡Uf! ¡Estoy que muerdo!

Dolly. ¡Chica, que te van a oir!

Mary. Eso quiero yo, que me oigan.

Don Gabriel. En fin, les dejamos a ustedes. Quedamos, portera, en que usté buscará a esa mujer que limpie el cuarto.

Señora Paca. Sí, señor.

Don Gabriel. (Despidiéndose.) Señora... Señora .. Señoritas... Don Tomé... Señor Quintanilla... Señor mío... Señor Moreno, basta que sea usté amigo de mi sobrino para que yo lo sea de usté.

Morenito. Lo mismo le digo.

Don Gabriel. Aquí tiene usté su casa.
Perico. (A Morenito.) ¿Vendrás a verme?
Morenito. ¡No faltaba más!
Perico. Hasta la vista entonces.
Morenito. ¡Adiós, Perico!
Perico. Señores, buenas tardes a todos.
Don Gabriel Buenas tardes. (Saludos.)
Señora Paca. Vayan ustés con Dios.
Don Tomé. ¡Adiós, señor Lozano! Buenas tardes. (Don Gabriel y Perico se marchan por la izquierda.) Ahí donde le véis, tiene más dinero que pesa.
Mary. ¿Sí, verdad? Pues todo su dinero no le ha de valer para quedarse con el piso.
Don Tomé ¡Si ya lo tiene!
Mary. Se lo quitaremos.
Don Tomé. ¿Cómo?
Mary. ¡Tú verás!
Don Tomé. Hija, no te pongas así.
Mary. ¡Este piso lo quiero yo!
Fanny. ¡Mery!
Mary. ¡Que lo quiero yo!
Doña Florita. Pero, ¿no véis qué criatura?
Mary. ¡Lo quiero, lo quiero y lo quiero!
Don Tomé. Pero, hija...
Mary. ¡No me contradigas, papá!
Doña Florita. Niña...
Mary. ¡No me contradigas tú tampoco!
Dolly. ¡Mery!
Mary. (Rabiosa.) ¡Ah!
Doña Florita. ¡Hija, por Dios!
Mary. (Pateando.) ¡Ah!
Don Tomé. ¡Que le va a dar el ataque!
Fanny. ¡Mery!
Atocha. ¡Mery!
Doña Florita. ¡Hija mía!
Mary. (Cayendo desvanecida en brazos de Fanny, doña Florita y doña Tina.) ¡Ah!
Don Tomé. ¡Ya le dió!
Doña Florita. ¡A ver!
Doña Tina. ¡Pronto!
Fanny. Un médico.
Don Tomé ¡Hija!
Doña Florita. ¡Hija!
Atocha. ¡Dios mío!
Dolly. ¡Es un genio imposible!
Gorito. ¡Mery!
Señora Paca. ¡Señorita Mery!
Fanny. ¡Ha encajado los dientes!

Doña Florita. ¡Un duro!
Doña Tina. ¡Un duro!
Doña Florita. ¿Quién tiene un duro?
Don Rosendo. ¿Qué, un duro? Ahí va un billete. (Se lo da a don Tomé.)
Don Tomé. ¿Qué me da usté aquí?
Don Rosendo. Veinte duros.
Dolly. Abrirle la boca.
Castro. (Saliendo con sus compañeros.) Pero, ¿qué pasa?
Doña Tina. ¿Nadie tiene un duro?
Don Rosendo. Que cambien.
Don Tomé. Uno de ustedes. ¡Cualquiera!
Sordillo. (Tomando el billete.) ¡Ahí va, Meneses! Corre. Que te lo cambien en plata, Meneses. (Meneses sale por la izquierda con el billete.)
Fanny. ¡Un médico!
Doña Florita. ¡Que busquen un médico!
Morenito. Ese chico es médico.
Don Tomé. ¿Quién?
Morenito. Mi amigo, Perico Retamares, el sobrino del señor Lozano.
Don Tomé. Pues corra usté por él. Aún no deben haber llegado al portal.
Morenito. Voy en seguida. (Sale por la izquierda.)
Don Tomé. ¡Hija! Qué complicación.
Don Rosendo. Que la pasen a casa.
Gorito. ¿No vuelve?
Mary. (En la convulsión.) ¡Ah!
Dolly. ¡Mery!
Atocha. ¡Mery!
Don Tomé. ¡Hija!
Doña Florita. ¡Hija mía!
Doña Tina. Está como muerta.
Doña Florita. ¡Mery!
Fanny. Ya parece que se recobra.
Señora Paca. ¡Pobre señorita!
Don Tomé. ¡Mery!
Mary. (Volviendo en sí.) ¡Ay!
Doña Florita. ¡Vamos, hija!
Don Tomé. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor?
(Por la izquierda entran MORENITO, PERICO RETAMARES y DON GABRIEL LOZANO.)
Morenito. Aquí está el médico.
Perico. ¿Qué ha sido?
Don Gabriel. ¿Qué ocurre?
Don Tomé. Nada ya, por fortuna.
Don Rosendo. La chica...
Doña Tina. Un ataque de nervios.

Perico. (Tomándole el pulso.) ¡A ver! Está muy alterado el pulso. ¿Ha tenido alguna contrariedad, algún disgusto?

Doña Florita. Sí...

Perico. ¡Por eso! Convendría que tomara un poco de bromuro.

Doña Tina. ¿No sería mejor tila?

Perico. También.

Doña Tina. Que pasen a casa; se le prepara en seguida. (Sale por la izquierda.)

Don Gabriel. ¡Vaya por Dios! (A su sobrino.) ¿Es cosa de cuidado?

Perico. No. Algo de histerismo, simplemente.

Don Gabriel. Menos mal.

Perico. (A Mary.) Se va pasando, ¿eh?, se va pasando.

Mary. Sí. (¡Antipático!)

Perico. ¡Vaya! Ande usté.

Dolly. Anda, Mery.

Atocha. Vámonos a casa; allí podrá sentarse.

Don Rosendo. ¡La *perestesia!*

Perico. Sí, señor.

Mary. (A don Tomé.) Pero yo quiero el piso.

Don Tomé. ¡Bueno, mujer, bueno!

Mary. Que lo quiero, papá.

Don Tomé. ¡Que sí, mujer! (¡Qué criatura!)

(Salen por la izquierda Mary, don Tomé, doña Florita, Fanny, Dolly y Gorito. Cruzándose con ellos entra MENESES con el cambio en plata de los veinte duros.)

Meneses. El cambio.

Don Rosendo. ¡A buena hora! Trae acá.

Meneses. No tenían en la tienda de abajo y he tenido que llegarme hasta la esquina.

Don Rosendo. Está bien.

(DON TOMÈ entra de nuevo por la izquierda.)

Don Tomé. (A Perico.) Perdone usté que se le haya molestado, pero nos encontramos sin tener a quién acudir...

Perico. ¡Por Dios, señor la Zarza! ¡Quite usté! Es un deber en nosotros...

Don Gabriel. Lo que sentimos es el mal rato que se habrán llevado ustedes.

Don Tomé. ¡Horrible, señor Lozano, horrible!

Don Rosendo. ¿No quieren pasar a casa un momento?

Perico. No, muchas gracias.

Don Gabriel. Nos marchamos ya.

Don Rosendo. ¡Un momento!

Don Gabriel. Sea. (Salen don Tomé, don Rosendo, Morenito, Perico y detrás la señora Paca.)

Sordillo. Hay que ver la que ha armao la señorita.

Castro. Buen genio tiene.

Sordillo. La burguesía, que de na forma un monte. ¡Tó porque le han birlao el piso!

Meneses. ¡Pero está superior la gachí!

Sordillo. ¡Meneses!

Meneses. ¡Menuda es!

Sordillo. ¡Vamos, chico!

Castro. (Asomándose al mirador.) ¡Arrea, tú, que ahí viene un cangrejo!

Sordillo. ¿Es ya la hora?

Castro. Y diez minutos más.

Sordillo. (Asomándose también al mirador.) ¡Pues anda! Mira cómo está esa plazoleta del Retiro: toa cuajá de chaveas.

Castro. A la puesta del sol salen como los gorriones.

Sordillo. ¿Quién tié la llave del piso?

Castro. Yo la llevo.

Sordillo. ¡Alivia entonces! Tú, Meneses.

Castro. ¡Que se nos va el tranvía!

(Salen los tres. Queda la escena sola. Dentro, se oyen dos vueltas de llave en una cerradura. En el piso de abajo vuelven a tocar el piano. Del Retiro llega el rumor de una canción infantil.

«Quisiera ser tan alta
como la luná...»

Se supone que un tranvía se acerca y se detiene ante la casa. Luego, tras dos golpes de timbre, el tranvía arranca de nuevo y su ruido se pierde en lontananza. Continúa el canto infantil.

«Para ver los soldados
de Cataluñá ..
¡Pin! ¡Pon! ¡Fuego!
de Cataluñá...»

El piano sigue sonando. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Se supone que ya están viviendo en el piso don Gabriel Lozano y Perico Retamares. La pieza que ocupa la escena se halla convertida en un lujoso despacho con muebles de estilo renacimiento español, y la habitación del foro se ha trocado en un elegante gabinete inglés. Una cortina de terciopelo oscuro separa ambas habitaciones. Es de día y en el mes de noviembre.

—

(Al levantarse el telón aparece en escena DON GABRIEL LOZANO, en traje de casa, sentado en amplio butacón, leyendo un libro de poesías. A poco sale por la izquierda, con ánimo de marcharse por el foro, INÉS, una preciosa criadita, muy recortada y muy redicha, con delantal blanco con peto y cofia. Don Gabriel la detiene en su camino.)

Don Gabriel. (Suspendiendo la lectura.) ¿Quién llamó antes?

Inés. La portera, señor.

Don Gabriel. ¿Otra vez la portera?

Inés. La portera, que ha subido para decir que no se tienda la ropa en el patio.

Don Gabriel. ¡Caramba!

Inés. Y si no se tiende en el patio, no sé dónde se va a tender; porque no hay otro sitio en toda la casa. ¡Digo, ya lo sabe el señor!

Don Gabriel. ¡Pero esto es un abuso!

Inés. Se conoce que la tiene tomada con nosotros la portera.

Don Gabriel. ¡Y tanto! No pasa día en que no suba cuatro o cinco veces a dar otras tantas quejas. ¡Es intolerable! ¡Es no poder vivir!

Inés. ¡Figúrese el señor! No se puede majar en la cocina, no se puede sacar brillo al parquet, no se puede cantar, no se puede tender la ropa en el patio... ¡Esto no lo he visto yo en ninguna parte!

Don Gabriel. Ni nadie.

Inés. ¿Es que no le da el señor propina a la portera mensualmente?

Don Gabriel. ¿Cómo que no? ¡Cinco duros, hija!

Inés. ¡Limones!

Don Gabriel. ¿Qué?

Inés. Perdone el señor que se me haya escapado ese adjetivo.

Don Gabriel. ¿Cuál?

Inés. Limones.

Don Gabriel. ¿Limones adjetivo, muchacha?

Inés ¡Calle usté, señor! ¿He dicho adjetivo? ¡He querido decir interjección! Porque aunque limones no sea ni una cosa ni otra, sino nombre sustantivo común, en este caso particular, la palabra limones la he empleado yo como interjección. Dije ¡limones! como podía haber dicho ¡cáscaras! ¡Cáscaras de limones, naturalmente!

Don Gabriel. ¡Ah! Veo que dominas la gramática.

Inés. Sí, señor. Una ha tenido sus principios y una sabe su poquito de gramática, su poquito de aritmética y su poquito de *geométrica.*

Don Gabriel. ¡Limones... digo yo ahora! (¡*Geométrica* y todo! Esta es una criada propia para el piso de Quintanilla.)

Inés. ¿Y por qué ha dicho limones el señor, si no es mal preguntado?

Don Gabriel. Por lo mismo que tú; también como interjección. ¡Y de las gordas!

Inés. ¡Ya!

Don Gabriel. ¡Anda, anda a lo que tengas que hacer!

Inés. Al momento, señor. (Se encamina hacia el foro.)

Don Gabriel. ¡Inés!

Inés. (Deteniéndose.) ¿Señor?

Don Gabriel No, nada.

Inés. ¿Quería preguntarme algo el señor?

Don Gabriel. Nada, nada

Inés. Porque si lo que quería preguntarme el señor era si se había levantado el señorito, debo decirle al señor que no se ha levantado.

Don Gabriel. Bueno, bueno.

Inés. Y también debo decirle al señor que tardará en levantarse, porque eran más de las cinco de la ma-

ñana cuando el señorito vino a recogerse. (Dentro suena un timbre.)

Don Gabriel. Está bien.

Inés. ¿Tiene algo que mandarme el señor?

Don Gabriel. Que vayas a abrir, que han llamado.

Inés. ¡Al momento, señor! (Sale por la izquierda.)

Don Gabriel. Esta Pardo Bazán de vía estrecha, no va a hacer aquí los huesos duros. ¡Qué mareo! ¡Es un ventilador! (Imitando el ruido del ventilador.) Uú, uú, uú... (INÉS vuelve a aparecer por la izquierda.)

Inés. ¿Señor? El señor Moreno.

Don Gabriel. Que pase. (Levantándose y yendo hasta la puerta de la izquierda, por donde entra MORENITO.) Entre usté, Morenito.

Morenito. ¡Mi señor don Gabriel!...

Don Gabriel. ¡Querido Morenito!... (Se saludan efusivamente. Inés se marcha por el foro.)

Morenito. ¿Y ese hombre?

Don Gabriel. Durmiendo todavía. (Le ofrece un asiento y se sientan los dos.)

Morenito. ¡Caray! Pues son las dos de la tarde.

Don Gabriel. Para el que se acostó a las cinco, es como si fuesen las nueve de la mañana.

Morenito. Pero, ¿Perico se ha acostado a esa hora?

Don Gabriel. Sí, señor; acabo de enterarme por la criada. ¡Ya ve usté qué bochorno! Está llevando una vida imposible.

Morenito. No creo... Perico siempre fué dado a trasnochar.

Don Gabriel. No, Morenito, no. Una cosa es trasnochar y otra es vivir como está viviendo mi sobrino de algún tiempo a esta parte: en una continua zozobra, en una continua excitación. Usté quizás tenga la clave y me lo oculte porque le hayan encargado que guarde el secreto, pero hace usté mal. Debiera usté decírmelo todo para que yo estuviese más tranquilo.

Morenito. Yo... don Gabriel...

Don Gabriel. Es muy doloroso, Morenito, lo que está sucediendo. Mi sobrino—usté lo sabe—cuando sólo tenía doce años, se quedó en el mundo sin padre y sin madre, sin más parientes ni allegados que yo. Yo me hice cargo de él y le interné en un colegio de Sevilla; allí estudió el bachillerato. Después, al elegir la carrera de Medicina, me lo traje a Madrid, pero no le llevé a vivir conmigo, sino que le instalé en una casa de huéspedes, propia de estudiantes, donde usté le conoció. Y es que yo pensaba que la juventud requería una libertad y una independencia que mi so-

brino no hubiera encontrado, ciertamente, de estar al lado mío.

Morenito. Muy cierto.

Don Gabriel. Durante el tiempo que duró la carrera, jamás me dió el menor motivo de disgusto; fué siempre un muchacho listo, pundonoroso, aplicado, atento a sus estudios solamente.

Morenito. Verdad, verdad.

Don Gabriel. Luego, al doctorarse, le envié a Alemania, porque así lo quiso él, para que estudiase la especialidad. En Alemania ha estado cuatro años. Y ahora, al venir de nuevo a Madrid, orgulloso yo de verle hecho un hombre por su propio esfuerzo, y creyendo que sus pensamientos no podían ser otros que los de labrarse un porvenir y hacerse un nombre, puse esta casa para que viviésemos juntos, felices y contentos. Pero ya ve usté cómo me he equivocado y cómo paga Perico mis cariños y mis desvelos: desatendiéndolo todo, abandonándolo todo y olvidándose a un tiempo de él y de mí. No merecía la pena haber sido tan formal y juicioso durante los años estudiantiles, para resultar ahora un libertino. ¡Es muy doloroso, Morenito, muy doloroso! De haberlo sabido, crea usté que nada hubiese hecho de cuanto hice. ¡Para recibir este premio!

Morenito. No diga usté eso, don Gabriel. Perico le quiere y se mira en usté como en un espejo. Acaso le preocupe alguna cosa... ¿Quién le dice a usté que no está enamorado?

Don Gabriel. ¡Ojalá! Pero no, Morenito... Y si está enamorado no es un amor legítimo el suyo. Ya soy viejo, y más sabe el diablo por viejo que por diablo. Si usté le quiere bien aconséjele que se deje de aventuras fáciles, que busque una mujer honrada y buena y que se case. Esta es la opinión de un solterón que a los sesenta años se ha dado cuenta de que hizo mal y de que perdió su tiempo inútilmente.

Morenito. ¡Ah! ¿Usté cree que perdió su tiempo por no haberse casado?

Don Gabriel. ¡Digo!

Morenito. Pues aquí tiene usté a este cura que piensa seguir sus huellas.

Don Gabriel. Si este cura es cura de veras bien está, pero si no canta misa debe casarse.

Morenito. (Riéndose.) ¡Qué gracioso!

Don Gabriel. No hay nada en el mundo comparable a un hogar, Morenito. Se lo dice a usté quien nunca lo tuvo.

Morenito. ¡Por eso! ¡Pues están buenas las mujeres de hoy día para pensar en el matrimonio!

(Por el foro entra en escena PERICO RETAMARES. Aun cuando quiere aparecer jovial se nota a la legua que algo le preocupa.)

Perico. ¡Hola, Morenito!

Morenito. ¡Adiós, Perico!

Don Gabriel. ¿Te has levantado ya?

Perico. (Vacilante.) Sí, un poco tarde es. Se me han pegado las sábanas. Anoche estuve en el Real...

Don Gabriel. Y acabó a las cinco.

(Perico mira a su tío y no sabe qué responderle.)

Morenito. (Echándole un capote.) ¿Qué daban?

Perico. *Walkiria.* ¡Una lata! Ese tenor nuevo es insoportable. No sé cómo no le han rescindido el contrato. (A su tío.) Por cierto, que tuve el gusto de saludar a nuestros vecinos.

Don Gabriel. ¿Los de Quintanilla?

Perico. Se hubiera usted reído si los ve. Don Rosendo, con el frac y el clac, era el prestidigitador de una barraca de feria. ¡Qué gracioso estaba!

Morenito. Pero, ¿le gusta a don Rosendo la música?

Perico. El dice que sí, pero no es posible. Tenía una cara de aburrido... Va al Real como Vicente: a donde va la gente. Casi toda la representación se la pasó durmiendo con la cabeza en la pechera Unicamente lo espabilaron un poco los trompetazos de la cabalgata. Van a venir a vernos esta tarde; a pagarnos la visita de ofrecimiento de casa.

Don Gabriel ¿Ah, sí?

Perico. Pero yo les prometo mi ausencia.

Don Gabriel No harás eso, Perico.

Perico. Usté les pone un pretexto cualquiera; que he tenido que hacer...

Don Gabriel. Después de haberte a ti anunciado la visita no es correcto que te marches.

Perico. Bueno, pues me quedaré; aguantaré que la mamá me haga el artículo de la niña.

Morenito. ¿También?

Perico. ¡No hay idea!

Don Gabriel. ¡Pues es muy mona la chica!

Perico. Pero de un cursi que se saltan las lágrimas, tío. ¡Y viste de una manera!... ¡Y usa unas pamelas y unas faldas plisadas que ya no se ven por el mundo!...

Morenito. (A don Gabriel.) En eso lleva razón.

Don Gabriel. ¡Qué juventud! Da asco oiros hablar así. ¡Cuándo los hombres de mi tiempo hemos juzgado a las mujeres por los trapos! Siempre las hemos visto

desnudas, y hemos dicho de una mujer: es guapa o no es guapa, sin preocuparnos de más.

Morenito. Le advierto a usté, don Gabriel, que eso de ver a las mujeres desnudas es de todos los tiempos, de la antigüedad inclusive; acuérdese usté de cómo Adán veía a Eva.

Perico. (Riéndose.) ¡Está bien, Morenito!

Don Gabriel. Otra gala de los tiempos presentes: el chiste, el afán de sacarle punta a todo. Y así, la cuestión más ardua, el problema más difícil acaban siempre en una chirigota. ¡Claro! Como que es mucho más sencillo decir una pamplina que razonar. ¡Qué juventud! No le envidio. (Levantándose.) Con su permiso, Morenito. Ahora vuelvo. (A Perico) ¿Tú no vas a comer?

Perico. Sí; ya he dicho que me avisen.

(Don Gabriel se marcha por el foro)

Morenito. Es delicioso tu tío; a mí me encanta.

Perico. ¡Un hombre de una pieza!

Morenito. ¡Qué pocos quedan así!

Perico. Dice mi tío que a partir de la muerte de Alfonso XII se rompió el molde de los hombres de temple, y que la nueva generación de hombres y mujeres son dos puzles con algunas piezas cambiadas, por lo cual los hombres actuales tiene muchas cosas de mujer, y las mujeres muchas cosas de hombre.

Morenito. Y acaso no le falte razón.

Perico. Para él, un hombre no puede usar ni colonia en el baño ni esencia en el pañuelo ni reloj de pulsera ni «esclavas», ni siquiera calcetines de seda ni americanas de trabilla. Por eso no transige con nosotros. ¡Y eso que nosotros no somos de los que más exageramos la nota!

Morenito. ¡Mira que se ve por ahí cada pollito!...

Perico. Y de las mujeres no quieras saber cómo piensa... ¡Como pienso yo, después de todo! ¡Mujeres de vitrina de museo, para admirarlas a distancia; pero no mujeres de su casa y su hogar, para hacerlas de uno!...

Morenito. (Cambiando su asiento por el butacón que ha dejado don Gabriel sentándose con verdadera indolencia.) ¡Es célebre! (Pequeña pausa. Morenito enciende un pitillo. Perico se sienta a su mesa, coge un papel de cartas y se pone a escribir.) ¿A quién escribes?

Perico. Acabo en seguida.

Morenito. Esa respuesta es del método Ollendorf: «¿Tiene usté el paraguas de mi padre? He recibido las zapatillas del obispo.»

Perico. ¡Déjame un momento!

Morenito. ¿Es a ella?

Perico. (Sin dejar de escribir.) Sí.

Morenito. ¡Ah! (Canturreando en voz baja:)

«De España vengo,
de España soy...»

Perico. ¿Quieres callarte?

Morenito Perdona. No sabía que te molestara...

Perico. ¡Qué pelmazo eres! (Pausa. Perico acaba de escribir la carta, la mete en un sobre, pone la dirección, seca el sobre y se guarda la carta en un bolsillo.)

Morenito ¿Has terminado?

Perico. Ya puedes cantar, hablar, lo que quieras.

Morenito. ¿Cómo va ese asunto?

Perico. Muy mal. Hace cinco días que no la veo. El marido no la deja ni a sol ni a sombra. ¡Estoy desesperado! Anoche me pasé hasta el alba rondando el hotel por si la veía y nada. Luz en su cuarto, pero ni una seña, ni un aviso, nada. ¡No sé qué pensar!

Morenito. ¡Mal negocio es ese, Perico! Ya sabes que te lo he dicho muchas veces. Te expones a que un día te partan la cabeza...

Perico. ¡Mejor! Así acabaré de sufrir.

Morenito. ¡No seas chiquillo! Tú lo que debes hacer es desimpresionarte un poco y no tomar las cosas tan a pecho. Además, con tu conducta has dado lugar a que tu tío sospeche...

Perico. ¿El qué?

Morenito. Que algo te ocurre. Ese venir de madrugada, ese salir y entrar a toda hora, ese desasosiego constante, que no logras disimular del todo...

Perico. ¿Ha hablado contigo?

Morenito Y está muy quejoso de ti, francamente, quejoso. Piensa, y con razón, que ahora que tu preocupación única debiera ser formarte una clientela y trabajar, andas distraído, en malos pasos...

Perico. Y es cierto; yo soy el primero que lo reconoce. Pero tú lo sabes, Antonio, tú lo sabes; esa mujer me ha robado la voluntad y los sentidos, y sin ella, sin verla, no puedo trabajar ni puedo vivir. Es superior a mí mismo; lo comprendo.

Morenito. Pero sé razonable alguna vez en tu vida. ¿Qué adelantas con ponerte así? ¿Por qué no la puedes ver?

Perico. ¡Si yo lo supiera!...

Morenito. Pues en tu situación no te toca más que esperar. Con rondar la casa y con escribirle, no haces más que comprometerte y comprometerla a ella tal vez.

Espera, espera, que es ella y no tú quien ha de tomar la iniciativa en este caso.

Perico. ¡Ese marido, villano y criminal, que la tiene encerrada!

Morenito. ¡Pobre marido! No es bastante lo que pesa sobre sus hombros, sino que además le llamas criminal y villano. ¡Es nacer con desgracia!

Perico. ¡Tómalo a burla!

Morenito. Pues ¿qué quieres que haga oyéndote? ¿Ponerme en trágico como tú?

(Por el foro vuelve a aparecer DON GABRIEL.)

Don Gabriel. (A Perico.) Cuando quieras puedes pasar al comedor; ya tienes dispuesta la comida.

Perico. ¡Acompáñame, Morenito!

Don Gabriel. Acompáñele usté.

Morenito. ¿Y se va usté a quedar solo?

Don Gabriel. ¿Qué más da? Solo viví siempre y solo vivo.

Morenito. Eso no, don Gabriel; ahora tiene usté a Perico.

Don Gabriel. ¿Perico? Es un huésped.

Perico. ¡Tío!...

Don Gabriel. (Invitándole a salir.) ¡Que se te va a enfriar la comida!

Morenito. ¡Ah! Oye, Perico; me olvidaba decírtelo y no había venido a otra cosa. ¡Qué cabeza la mía! Recibirás la visita de Mery de la Zarza con su mamá. (Gesto de sorpresa en Perico.) En calidad de enferma. Se te presenta una ocasión de hacerte de fama. Si la curas—ya que eres especialista en enfermedades nerviosas—la familia se encargará de proclamar tu nombre a los cuatro vientos.

Perico. ¿Y a qué hora van a venir?

Morenito. No sé; a las cuatro, supongo, o las cinco, que es a la hora que ellas salen.

Perico. Porque yo tengo que hacer...

Don Gabriel. Tú no tienes que hacer sino esperar a que vengan. Un médico se debe a sus enfermos. Para disponer de tu vida, pudiste elegir otra carrera.

Perico. Tío, es que hay cosas...

Don Gabriel. No hay más que lo que yo te he dicho.

Perico. Bueno, bueno. (A Morenito en voz baja.) Vas tú a tener que llevarme esta carta. (Dentro suena un timbre.)

Morenito. Lo que quieras.

(Perico y Morenito se marchan por el foro. Don Gabriel se sienta en su butacón y se dispone a leer de nuevo en el libro de poesías. Por la izquierda aparece INÉS.)

Inés. ¿Señor? (Don Gabriel levanta los ojos del libro.) Don Gaspar Oyarzábal.

Don Gabriel. (Levantándose.) ¡Caramba! Que pase. ¡Ganas tenía yo de verle! (Inés se retira.)

(A la puerta de la izquierda aparece DON GASPAR OYARZÁBAL, un vejete menudito y simpático.)

Don Gaspar. ¿Hay permiso?

Don Gabriel. Pase usté, Gasparito, pase usté. Viene usted que ni llamado con campanilla.

Don Gaspar. ¿De veras?

Don Gabriel. Como usté lo oye; tanto, que si no llega usté a presentarse, hubiera yo ido a verle a su casa.

Don Gaspar. Celebro hacerme adelantado a sus propósitos.

Don Gabriel. Siéntese usté

Don Gaspar. Con su permiso.

Don Gabriel. Casualmente hoy es un día en que tengo colmada la medida.

Don Gaspar. ¿Qué medida?

Don Gabriel. La de la paciencia, amigo mío. Es usté administrador de la casa de tócame Roque.

Don Gaspar. ¿Cómo?

Don Gabriel. Atiéndame usté. Ahora, en fin de noviembre, hará tres meses que nos mudamos a este piso, con harta desgracia, porque desde punto y hora en que pusimos en él los piés, han llovido sobre nosotros tal serie de disgustos y de contrariedades, que no parece sino que, en lugar de una casa en Madrid, habitamos la sala cuarta del infierno.

Don Gaspar. ¿La sala cuarta?

Don Gabriel. La sala cuarta.

Don Gaspar. ¿Y cuál es la sala cuarta, que yo lo ignoro?

Don Gabriel. La que ocupan por una eternidad todas las suegras y yernos que en el mundo han sido.

Don Gaspar. ¡Buena sala debe ser esa!

Don Gabriel. Bromas aparte, Gasparito; lo cierto es que resulta intolerable lo que está pasando. Por si no fueran bastantes las condiciones leoninas en que firmamos el contrato de arrendamiento de este piso, comprometiéndonos a mil cosas, sin que la dueña a nada se comprometiese, la señora portera ha dado en la flor de no dejarnos ni soñar en voz alta, a título de que molesta a los demás vecinos. ¡Y nos trae al rojo! Raro es el día en que no sube tres o cuatro veces a armarnos un escándalo, por los motivos más fútiles e insignificantes. Usté me dirá si eso está bien y si se puede admitir entre personas decentes. Porque, ya comprenderá

usté, que mi sobrino y yo, dos hombres solos, poco ruido podremos dar, para estar recibiendo constantemente quejas de unos y de otros. Aquí no hay más que el deseo de molestar por molestar, o el deseo de que nos marchemos de la casa, que todo pudiera ser. Y ni una cosa ni otra es admisible, ni estamos dispuestos a consentirlas.

Don Gaspar. Mi querido don Gabriel, usté es un hombre de mundo y se dará, en cuanto me oiga, cuenta perfecta de lo que ocurre. Indudablemente, existe el deseo de que se marchen ustedes de la casa, y a tratar de ese asunto vengo yo.

Don Gabriel. ¿Cómo?

Don Gaspar. La dueña, persona respetable, pero maniática, ha recibido la visita de unos señores, cuyos nombres desconozco, que desean este piso, y ella, en el afán de complacerles, no ve el modo de echarles a ustedes.

Don Gabriel. ¡Caramba!

Don Gaspar. A mí me ha mandado llamar y me ha armado una de pópulo bolchevique—porque bárbaro me parece poco—a cuenta de haberles firmado a ustedes un contrato por dos años y quiere, que a toda costa, ese contrato se anule y les ponga a ustedes en la calle en breve plazo, sea como sea, dando hasta una indemnización, si es preciso.

Don Gabriel. ¡Caramba, caramba!

Don Gaspar. Me va en ello, incluso la pérdida de la administración de sus fincas, porque de tal manera ha arremetido contra mí, que si no lo arreglo, la verdad, temo que tome represalias.

Don Gabriel. Pero, entendámonos, Gasparito. Vamos por partes. ¿Usté nos hizo firmar un contrato por dos años por puro capricho o porque así se lo tenía mandado la dueña?

Don Gaspar. ¡Porque ella me lo tenía ordenado!

Don Gabriel. Perfectamente. Y ahora, porque unos señores quieren el piso, le increpa a usté por haber cumplido al pie de la letra sus instrucciones.

Don Gaspar. ¡Ya ve usté qué anomalía!

Don Gabriel. Y hasta le amenaza con retirarle los poderes.

Don Gaspar. ¡Figúrese usté!

Don Gabriel. Perfectamente. No hay ni qué hablar. La dueña no tiene razón y harto hará con aguantarse.

Don Gaspar. ¿Y si no se aguanta, don Gabriel, y me despide?

Don Gabriel. ¡Sería cometer un atropello!

Don Gaspar. ¿Y qué? ¡Mucho se le da a ella de los atropellos! Tiene espíritu de *chauffeur.*

(Por el foro aparece PERICO RETAMARES.)

Perico. (Acudiendo a saludar a don Gaspar y dándole la mano.) ¡Señor Oyarzábal!

Don Gaspar. (Intentaudo levantarse.) ¡Señor mío!...

Perico. No se levante usté.

Don Gabriel. (A Perico) Sabrás que ya tenemos la clave de la intransigencia de la portera con nosotros.

Perico. ¿Sí?

Don Gabriel. Se nos quiere echar de la casa.

Perico. ¿Y eso?

Don Gabriel. Unos señores que, por lo visto, desean este cuarto a toda costa y la dueña, por atenderlos, no perdona medio de hacernos a nosotros la vida imposible, a ver si nos vamos. Oyarzábal ha sido tan amable que me lo ha descubierto.

Don Gaspar. Pero que no salga de nosotros.

Perico. ¡Es divertido! ¿Y quiénes podrán ser?

Don Gaspar. Que faldas hay de por medio, es indudable. Esto se le ocurre a cualquiera. ¡Capricho de una mujer, seguramente!

Perico. ¡Seguramente! ¿Quién podrá ser? ¡Sería interesante conocerla!

Don Gabriel. ¡El poeta que empieza a soñar con la aventura! No te hagas ilusiones.

Don Gaspar. (Levantándose.) En fin, señores, quiere decir, en resumidas cuentas, que ustedes no están dispuestos a abandonar la casa.

Don Gabriel. ¡De ninguna manera, Gasparito! Comprenderá usté que no hay derecho..

Don Gaspar. ¡Claro que no hay derecho, pero a mí la dueña!... (Apenado.) ¡Qué se le ha de hacer! Sufriremos con paciencia los reveses de la fortuna.

Don Gabriel. ¡Gasparito, no se ponga usté así! Vea usté que la razón está de nuestra parte.

Don Gaspar. Sí, sí... ¿Quién lo duda?

Don Gabriel. ¡Y aunque no sea más que por amor propio!...

Don Gaspar. Cierto, cierto...

Don Gabriel. ¡No vamos a salir de estampía por satisfacer el deseo de nadie!

Don Gaspar. Verdad, verdad... Pero yo... Cuando le diga a la dueña que no se van ustedes, no sé, no sé... ¡Ustedes están en su derecho, pero yo, yo!...

Don Gabriel. Y en último caso, si esa señora es tan arbitraria o tan estúpida, que por un motivo tan injustificado le retira a usté la administración, usté no se

preocupe, Gasparito, que aquí estoy yo. Amistades tengo y dinero bastante para que a usté no le faltase un sitio donde ganarse el pan.

Don Gaspar. (Conmovido.) Gracias, muchas gracias, don Gabriel; no sabe usté cuánto se lo agradezco; no por mí: por la mujer, por los hijos, por los nietos... Todos vivimos de lo que da la administración. ¡Y está la vida tan cara y yo tan viejo!...

Don Gabriel. (Acompañándole hasta la puerta izquierda.) ¡Vamos, Gasparito, vamos!

Don Gaspar. Pero no creo, no creo... Y si fuera... ¡desde luego acepto su ofrecimiento, don Gabriel! Gracias, muchas gracias .. Pero no creo, no creo... (Estrechando las manos de don Gabriel) ¡Gracias, don Gabriel! ¡Con el alma! De verdad... ¡De verdad! (Sale por la izquierda.)

Perico. ¡Pobre hombre!

Don Gabriel. (Volviéndose hacia su sobrino.) ¿Te parece? ¿No hay para colgar a la dueña si hace una fechoría con este infeliz? ¡Pero no lo hará! ¡Y si la hace soy capaz de llevarla a los Tribunales!

Perico. ¡Qué raro es todo esto!

(Por la izquierda aparece INÉS.)

Inés. Los señores de Quintanilla.

Perico. ¡Arrea!

Don Gabriel. Recíbelos tú, que yo estoy impresentable con este batín. Voy a ponerme la americana.

Perico. Que esperen un poco.

Don Gabriel. ¡Pero, hombre!...

Perico. ¡Que esperen! ¿Qué más da?

Don Gabriel. Como quieras. ¿Y Morenito?

Perico. Se marchó a la calle; me encargó que lo despidiera de usté.

Don Gabriel. Y tú apenas si habrás comido nada... Para el tiempo que has tardado...

Perico. No tenía apetito. (A Inés.) ¡Que pasen esos señores!

(Inés se marcha.)

Don Gabriel. ¡Mala vida llevas, Perico; mala vida!

Perico. ¿Mala vida? No. ¿Por qué?

(Tío y sobrino desaparecen por el foro. A la puerta de la izquierda aparece de nuevo INÉS, que deja pasar a DOÑA TINA, ATOCHA y DON ROSENDO QUINTANILLA. Los tres vienen de tiros largos, con lo mejor del cofre. Doña Tina y Atocha con sombreros.)

Inés. ¡Pasen ustedes! Los señoritos en seguida salen.

Doña Tina. ¡Bien! (Inés se marcha y el matrimonio y la niña se dedican a curiosear la estancia.) ¡Fíjate, Rosendo! Todos los muebles son antiguos

Don Rosendo. Pos los han comprao nuevos.

Doña Tina. Pero son antiguos.

Atocha. De estilo antiguo quiere decir mamá.

Don Rosendo. Ya, ya; que también es una modita esa de comprar las cosas nuevas pa que parezcan viejas ¡Hay que ver! Yo me río las tripas...

Atocha. ¡Papá! ¡Por Dios! No digas las tripas.

Don Rosendo. Pues, ¿qué he de decir?

Atocha. Los intestinos. Eso de las tripas es de gente ordinaria.

Don Rosendo. Bueno, bueno; me alegro que me lo adviertas.

Doña Tina. Pon cuidado, Rosendo, que esta gente que tratamos se paga mucho de la presentación, y de las formas, y si queremos que el doctorcito se enamore de nuestra hija, tú has de procurar...

Don Rosendo. Está bien, mujer. ¡Descuida, que por mí no ha de quedar!

Atocha. Quedará por él, que no le gusto yo ni tanto así...

Doña Tina. Porque eres muy sosa, hija mía, y nada insinuante. A los hombres hay que hacerles la misma faena que a los toros: que no quieren venir a la barrera, pues hay que salir a picarlo a los medios ¡Me hubieras tú visto a mí, de soltera, con tu padre!...

Don Rosendo. ¡Celes!...

Doña Tina. (Airada.) ¡Rosendo! ¿Por qué me dices Celes?

Don Rosendo. Perdona, mujer; es la primera vez desde que somos ricos, que se me ha escapao llamarte así ¡Tina!

Doña Tina. ¡Darás lugar a que me enfade!

Don Rosendo. ¡Espérate a que estemos en casa!

(Por el foro aparece DON GABRIEL, de americana.)

Don Gabriel. ¡Amigos míos!

Don Rosendo. ¡Don Gabriel! (Le da la mano.)

Don Gabriel. (Saludando a las damas.) Señora.. Señorita.. ¡Tanto bueno por esta humilde choza! ¿No se sientan? (Se sientan todos.) ¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Vienen ustedes de la calle?

Doña Tina. No, señor; venimos de casa.

Don Gabriel. Pero irán luego a dar un paseo.

Doña Tina. Tampoco; volveremos a casa porque esperamos visita.

Don Gabriel. (¡Caray! Pues ¿a qué obedecen los sombreros?)

Doña Tina. ¿Y el sobrinito?

Don Gabriel. Ahora saldrá.

Doña Tina. Anoche tuvimos el gusto de saludarle.

Don Gabriel. Sí, ya me ha dicho que les vió a ustedes en el Real. (A don Rosendo.) Y que usté iba de clac también me ha dicho.

Don Rosendo. ¿Cómo de claque? ¡Pagando! ¡A un palco na menos!

Don Gabriel. ¡De clac, don Rosendo, de sombrero de copa!

Don Rosendo. ¡Ah, ya! Eso sí.

Doña Tina. Echaban *Walkyria* y no quisimos dejar de ir, porque Rosendo es que se perece por la música buena.

Don Rosendo. Sobre todo la de *Güañer.*

Don Gabriel. ¿De quién?

Don Rosendo. ¡De *Güañer! ¡Güañer* es que me *eletriza!*

Don Gabriel. Ya, ya, *¡Güañer!*

Don Rosendo. Es un tío que no hay modo de cogerle una nota. (Queriendo recordar el pasaje de la «cabalgata».) ¡Pomporompompón! ¡Pomporompompón! (Sigue tarareando en voz alta.)

Don Gabriel. Y aquí a la pollita, ¿también le gusta *Güañer?*

Atocha. A mí, no, señor. Me gusta ir al Real porque se ven trajes muy bonitos y porque va toda la aristocracia.

Don Rosendo. ¡Porompompón! ¡Porompompón!

Doña Tina. (En ascuas.) Rosendo, ¿qué estás haciendo?

Don Rosendo. ¡Porompompón!

Doña Tina ¡Rosendo!

Don Rosendo. ¿Qué, mujer?

(Por el foro aparece PERICO RETAMARES.)

Perico. Buenas tardes, señores.

Don Rosendo. ¡Hola, señor médico!

Perico. (Saludando a todos.) ¿Qué tal desde anoche? ¿Usté, doña Tina? ¿Y usté, Atocha?

Doña Tina. (Levantándose de su asiento y ofreciéndosele a Perico.) Siéntese usté aquí.

Perico. ¡De ninguna manera, señora! ¡No faltaba más!

Doña Tina. Siéntese usté, que a los muchachos les gusta siempre estar al lado de las muchachas.

Perico. Si es por eso... (Sentándose.) ¡Muy reconocido!

Don Gabriel. (La mamá está visto que no pierde ocasión.) (Levantándose y ofreciéndole su sitio en el sofá a doña Tina.) Pase usté aquí, señora.

Doña Tina. ¡No se moleste usté! ¡Por Dios! Yo estoy bien en cualquier parte. (Se sienta en el sofá y don Gabriel en una silla.)

Don Rosendo. ¡La que has armao, mujer!

Doña Tina. ¿Qué quieres?

Atocha. (A Perico.) ¿Hace mucho que no ve usté a las de la Zarza?

Perico. Sí, ya hace tiempo, pero precisamente esta tarde van a venir aquí Mery y su mamá, según me ha anunciado Antonio Moreno, el secretario de don Tomé.

Doña Tina. ¡Ah! ¿Van a venir? Entonces se pasarán por casa, seguramente.

Perico. No sé.

Doña Tina. Esa visita se la tiene usté que agradecer a mi hija.

Perico. ¿Sí?

Atocha. No, señor; es que harta de oirlas desesperarse porque ningún médico acierta con la enfermedad de Mery, me permití decirles un día: ¿y por qué no la lleváis a que la reconozca Retamares, que es un muchacho joven y que ha estudiado en Alemania, a ver si él da con lo que los otros no han dado?

Doña Tina. ¡Que es lo que yo he dicho!

Perico. Desde luego.

Atocha. ¡Y se conoce que me han hecho caso!

Perico. Pues muchas gracias, Atocha, por su amable recuerdo.

Atocha. ¡De nada!

Don Rosendo. Le debíamos cobrar a usté comisión.

Perico. Que yo pagaría con gusto.

Don Rosendo. Pero no se la cobramos.

Perico. Más agradecido todavía.

Atocha. La pobre Mery está incapaz; sobre todo de unos meses a esta parte.

Don Rosendo. ¡Si nosotros les dijéramos a ustés lo que tiene Mery!...

Doña Tina. ¡Rosendo!...

Atocha. ¡Papá!...

Don Rosendo. ¡Si no lo digo!

Perico. Pero, ¿qué es, qué es?

Doña Tina. ¡Nada! ¡Cosas de mi marido!

Perico. ¡Ah! Si es un secreto...

Doña Tina. (A su marido.) ¡Eres de lo que no hay!

Perico. ¿Y cuándo hacemos otra excursión, Atocha?

Doña Tina. Cuando usté quiera, Retamares; el automóvil está a su disposición.

Atocha. No es tan bueno como el de Mery, pero es bueno.

Perico. Siendo de usted, para mí no lo hay mejor en el mundo.

Atocha. ¡Ay, mamá! ¿Has oído lo que me ha dicho Perico?

Doña Tina. No. ¿Qué te ha dicho?

Atocha. Que todo lo mío para él es lo mejor.

Doña Tina. (Desvaneciéndose.) ¡Qué amable!

Atocha. (Dengosa.) ¡Qué adulador! ¿Has visto?

Perico. ¡Justicia, Atocha! Expresión sincera de mi pensamiento.

Don Rosendo. (¡Esto marcha! ¡Esto marcha!)

Don Gabriel. (¡Lo que yo gozo con estas visitas!)

Doña Tina. Y usté, señor Lozano, ¿opina lo mismo que su sobrino?

Don Gabriel. No sólo opino como él sino que amplío el concepto extendiéndolo a toda la familia.

Doña Tina. ¿De veras? ¡Ay, qué gusto!

Atocha. ¡Qué señor más simpático!

Doña Tina. ¿Le parecemos a usté mejor que la familia de la Zarza?

Don Gabriel. Desde luego, sin que esto quiera decir que la familia de la Zarza no sea una excelente familia, pero en ustedes se ve otra exquisitez, otra distinción, otra finura.

Doña Tina. (Saltando de gozo.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Escucha, Atocha! ¡Atiende, Rosendo!

Don Gabriel. La familia de la Zarza es una familia de astrakanada.

Doña Tina ¡Ay! ¡De astrakanada dice! ¡Qué gracioso!

Don Gabriel. De la más pura astrakanada; sobre todo el niño: Tomito. ¿A quién se le ocurre ponerle a un niño Tomito?

Atocha. Se llama Tomé, como su padre.

Don Gabriel. Pero le dicen Tomito; y tanto peor si se llama Tomé. Porque llamándose su padre Tomé de la Zarza, y su madre Flora Parrilla, el niño resulta que se llama Tomé de la Zarza Parrilla, que es una cosa así como para pegarse un tiro

(Todos sueltan la carcajada y se están riendo un buen rato; más que ninguno don Rosendo, que se revuelca en la butaca. Dentro suena un timbre.)

Doña Tina. ¡Ay! ¡Qué salida! ¡Qué salida!

Atocha. ¡Ay, por Dios!

Doña Tina. ¡Qué hombre tan gracioso! (A su marido.) ¡Basta ya, Rosendo, basta ya, que te vas a poner malo!

Don Rosendo. (A don Gabriel.) ¡Bueno! ¡Es usté el primer chuflón, señor Lozano! ¡Tomé de la Zarza Parrilla! (Vuelve a soltar el trapo.) ¡Me he reído los intestinos! (Mirando a su hija.) ¿Eh?

(Por la izquierda aparece INÉS, llevando en una bandejita de plata una tarjeta de visita.)

Inés. ¿Se puede?

Don Gabriel. ¡Entra, Inés!

Inés. Esta señora que pregunta por el doctor Retamares.

Doña Tina. Será una enferma.

Perico. No sé. ¡A ver! (Leyendo la tarjeta y demudándose.) La condesa de Rocío. (¡Ella aquí!)

Don Rosendo. ¡Buena clientela, amigo! ¡Condesas y todo! No nos privamos de nada.

Perico. (Levantándose inquieto.) Sí... ¡Habré de recibirla aquí, tío! (A Inés.) ¿Dónde está?

Inés. La he hecho pasar ahí al gabinete (Señala la habitación del foro.) Debe sentirse mal porque está muy pálida y muy inquieta. Casi no se atrevía a entrar.

(Perico mira a todos.)

Don Gabriel. No te importe. Yo me voy con los señores al salón.

Doña Tina. ¿Para qué? Nosotros nos retiramos ya.

Don Gabriel. ¿Adónde van tan pronto? Visitas de médico, bueno que las haga mi sobrino. Pasen ustedes, pasen ustedes... (Invitándoles a salir por la izquierda. Inés se marcha.)

Doña Tina. ¿Qué hacemos, Rosendo?

Don Rosendo. Estaremos un poquito más, si te parece, por complacer a don Gabriel.

Don Gabriel. Verán ustedes el piso.

Doña Tina. ¡Eso sí que me gustará!

Don Gabriel. Poco tiene que ver, pero en fin...

Doña Tina. (Despidiéndose.) ¡Adiós, Retamares!

Perico. ¡Adiós, señora! (Dándole la mano a Atocha.) ¡Adiós, señorita! ¡Adiós, don Rosendo!

Don Rosendo. ¡Buen ojo!

Doña Tina. (A Atocha.) El médico ha perdido el color al ver la tarjeta. (Intentando fisgonear a través de la cortina.) ¿Qué habrá aquí?

Atocha. (A su madre.) ¡Condesa de Rocío! Creo que es visita de las de la Zarza.

Don Gabriel. (A la puerta de la izquierda.) ¡Pasen ustedes! (Salen don Rosendo, doña Tina y Atocha. Don Gabriel se acerca a su sobrino con cara de pascuas.) ¡Que sea enhorabuena!

Perico. ¿Eh?

Don Gabriel. ¿Lo estás viendo? Todo llega en la vida. Ya empiezas a recibir enfermos. Acabarás por ser el médico de moda. ¡Que sea enhorabuena!

(Se marcha por la izquierda don Gabriel. Perico va hasta la puerta y la cierra con precaución, después descorre la cortina del foro y aparece en el gabinete LA CONDESA; una hermosa mujer; ya en el ocaso de su belleza pero espléndida, atrayente, magnífica. Viste con suprema elegancia y lleva pieles. Está inquieta, nerviosa, trémula.)

Perico. (Yendo hasta ella y estrechándole las manos.) ¡Blanca!

La Condesa. ¡Pedro!

Perico. ¡Pasa aquí! (La Condesa entra en escena y Perico corre la cortina.) ¿Cómo has venido? ¿Cómo te has atrevido?...

La Condesa. ¡No podía más!

Perico. Siéntate, descansa.. (La Condesa se sienta en el sofá y Perico junto a ella.) ¡Estás segura! Aquí nada te puede ocurrir.

La Condesa. Lo sé.

Perico. ¿Has recibido mis cartas?

La Condesa. Todas.

Perico. ¿La de hoy también?

La Condesa. También; ella es la que me ha decidido a venir a verte, arrostrándolo todo. ¡Pobre mío!

Perico. ¿Y él?

La Condesa. Ausente.

Perico. ¿Cómo? ¿Se ha marchado?

La Condesa. Anoche recibió un telegrama de su corresponsal en París y esta mañana ha salido en el rápido de Irún.

Perico. ¿Luego estás libre?

La Condesa. Por unos días, al menos.

Perico. ¡Oh, felicidad!

La Condesa. ¡Silencio, loco, que te pueden oir!

Perico. ¡Oyeme tú, Blanca! Dime. ¿Y cómo no me has escrito? ¿Cómo no te he visto?

La Condesa. ¡Imposible! ¿Tú sabes?... A todas horas él conmigo. ¡No pudo ser!

Perico. ¡Tirano!

La Condesa. ¿Y tu tío? ¿Está ahí? ¿Sospechará?

Perico. ¡Nada! Ni siquiera te conoce.

La Condesa. ¡Si supieras el esfuerzo que he tenido que hacerme! Creía que la doncella iba a notarme en la cara que no era al médico, como médico, lo que yo venía buscando.

Perico. ¡Qué chiquilla! Lo extraño es que no se nos haya ocurrido antes este recurso. Tú puedes entrar aquí a cualquier hora con la frente en alto. Vienes a verme a mí y nadie tiene por qué saber a qué vienes. Eres una enferma y yo un doctor; para el mundo nada más que eso.

La Condesa. (Levantándose.) Sin embargo...

Perico. ¿Te vas? (Dentro suena un timbre.)

La Condesa. (Apoyándose en la mesa y dejando en ella el bolso de mano.) Sí. He venido a avisarte únicamente.

Perico. ¿Y qué haremos?

La Condesa. Vuelvo a casa. Toma un auto y ve a

buscarme allí. No subas. Párate en la esquina y manda al *chauffer*. ¡Ya pensaremos luego!

Perico. Pero, ¿es posible, Blanca? ¡Tanta felicidad!.. ¿No estoy soñando?

La Condesa. (Retándole con la mirada.) ¡Prueba a convencerte!

Perico. (Avanzando con ánimo de darle un beso.) ¡Blanca!

La Condesa. (Teniéndole a raya.) ¡Ché! (Y suelta una carcajada. En este momento aparece por el foro INÉS.)

Inés. ¿Señor?

Perico. (Sorprendido.) ¿Eh? (La Condesa contiene la risa.)

Inés. Unas señoras le aguardan.

Perico. (Con gravedad.) Está bien. Y para otra vez pida usté permiso antes de entrar.

Inés. Dispense el señor. (Vase.)

La Condesa. ¡Qué genio, chico! (Vuelve a reirse.) No te conocía en ese aspecto. ¿Quedamos en eso?

Perico. Conforme. Yo iré a buscarte.

La Condesa. Te aguardo. ¡Adiós, Pedro!

Perico. ¡Adiós, Blanca! ¡Bendita seas! (Ante una indecisión de la Condesa que no sabe por donde salir.) ¡Por aquí! (Indicándole la puerta de la izquierda.)

La Condesa. ¡No tardes!

Perico. (Saliendo con ella.) ¡Adiós! (Apareciendo de nuevo por donde se fué, radiante de júbilo.) ¡Ah! Todo llega, como dice mi tío. (Descorre la cortina del foro y en el gabinete aparecen MARY y DOÑA FLORITA.) ¡Pasen ustedes! Hagan el favor...

Doña Florita. ¿Qué tal, señor Retamares?

Perico. Muy bien. ¿Y usté, señora? (Dándole la mano a Mary.) ¿Y usté, señorita? Tengan la bondad de tomar asiento. En seguida soy con ustedes. (Se sienta a su mesa, abre un cajón, saca unos cuantos billetes del Banco y los cuenta. Luego saca la cartera del bolsillo y de ella otros billetes que también cuenta. Mientras Perico realiza esta operación, doña Florita y Mary se han sentado en el sofá y contemplan la estancia, la madre con curiosidad y la hija con disgusto.)

Doña Florita. (A Mary, en voz baja.) Pues tienen muy bien puesta la casa.

Mary. ¡Cállate, mamá, no digas! ¡Qué lástima de habitación con estos muebles! De lo que yo pensaba... (Recordando la distribución que hizo en el acto primero.) Aquí mi cama, allí el ropero, la «coqueta» aquí.

Doña Florita. ¡Mery!

Mary. Y este papel tan insoportable... ¡Verlo nada más me crispa los nervios!

Doña Florita. ¡Niña!

Perico. (Pues creí yo que tenía más dinero. Habré de pedirle a mi tío y esto me contraría. ¡Qué fastidio!)

(En este instante entra por la izquierda LA CONDESA y se dirige a la mesa en busca de su bolso Perico se lleva un susto de mnerte; precipitadamente guarda los billetes en el cajón y se levanta.)

La Condesa ¡Con perdón!

Perico. ¿Eh? ¿Qué? ¿Tú? ¿Usté?

La Condesa. Que dejé olvidado mi bolso. Aquí está. (Reconociendo a Mary y a doña Florita.) ¡Mery! ¡Florita!

Mary. ¡Blanca!

Doña Florita. ¡Mujer! (Se besan.)

La Condesa. ¿Ustedes aquí? ¿Vienen a ver al doctor?

Doña Florita. ¡A ver si acierta con la niña!

La Condesa. ¡Acertará, seguramente!

Doña Florita. ¡Dios lo quiera!

La Condesa. Es un buen médico.

Perico. La Condesa, que me favorece con sus elogios.

La Condesa. A mí me va muy bien con él.

Doña Florita. A ti te va muy bien con todos.

La Condesa. ¿Por qué lo dices?

Doña Florita. Porque estás buena como una manzana, aunque te creas en posesión de seis o siete enfermedades. ¡Hay que conocerte! ¿Verdad, doctor?

Perico. Sí...

La Condesa. ¡No digas, mujer, que sufro unas jaquecas horribles y unos insomnios!... ¡Padezco mucho de la cabeza, hija!

Doña Florita. ¿Y tu marido?

La Condesa. ¿Qué?

Doña Florita. ¿Cómo está? Hace un siglo que no le veo.

La Condesa. Esta mañana ha salido para París.

Doña Florita. ¡Ah, que estás solita! ¡En tus glorias!

La Condesa. ¡Un poco!

Mary. ¡Mira qué bonitas pieles llévas!

La Condesa. ¿Te gustan?

Mary. ¿Dónde las has comprado?

La Condesa. Me las trajo Pancho de París en su último viaje.

Doña Florita. ¡Son muy lindas!

La Condesa. Aquí están a vuestra disposición.

Doña Florita. Gracias, hija.

La Condesa. Y vosotras, ¿dónde os metéis que no se os ve el polvo?

Mary. Pues, mira, donde siempre.

La Condesa. ¿Dejásteis el abono de la Princesa?

Mary. Sí. Ahora vamos por las tardes al Infanta o al Reina Victoria, si ponen obra de *truco*, y si no es de *truco* vamos a Romea.

La Condesa. ¡Ah!

Mary. Y tú, ¿dónde vas?

La Condesa. Pues a mi turno del Real, y los sábados a la Princesa. Y, si os parece, dejaremos esta conversación para otro día, porque no me había yo fijado que tenemos aquí al pobre doctor...

Perico. No, señora. Por mí...

La Condesa. Usté nos dispense, pero ya usté sabe lo que pasa. Las mujeres, en poniéndonos a hablar... ¡Quedad con Dios! Me voy. ¡Ah! Una cosa que quería yo preguntaros. Me han dicho que Dolly tiene novio. ¿Es verdad?

Mary. Sí.

La Condesa. ¿Y a quién le habla?

Mary. A Gorito Ansúrez.

La Condesa. ¿El concejal? Poco partido me parece para ella.

Mary. Es rico y será diputado.

La Condesa. Con la influencia de tu padre no lo dudo.

Mary. Ya sabes que no somos ambiciosas.

La Condesa. Bueno, no enredemos la hebra otra vez, que se me va la tarde y no salgo de aquí. ¡A ver si vais por casa un día y echaremos una parrafada.

Doña Florita. Con mucho gusto.

Mary. ¡Sí que iremos!

Doña Florita. ¿Tú sigues recibiendo los jueves?

La Condesa. ¡Los viernes, mujer! Cuando recibo los jueves es en Cuaresma, porque dedico los viernes a la meditación.

Doña Flerita. ¡Siempre tan religiosa!

La Condesa. ¡Costumbres, que gusta conservarlas! ¡Adiós, Mery! ¡Adiós, Florita!

Mary. ¡Adiós, mujer!

Doña Florita. Recuerdos a Pancho.

La Condesa. De tu parte. ¡Adiós, doctor! No olvide mis encargos.

Perico. Descuide usté.

La Condesa. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Buenas tardes! (Deteniéndose indecisa.) ¿Eh? No, nada. Creía que me dejaba otra vez olvidado el bolso. ¡Lo llevo! Buenas tardes. ¡Adiós! (Sale por la izquierda.)

Mary. ¡Siempre la misma!

Perico. ¡Tan simpática!

Doña Florita. ¡Y tan lagartona!

Perico. (En vilo.) ¿Cómo?

Doña Florita. Ahí donde usté la ve tiene más dentro que fuera.

Perico. Ignoro, señora, qué motivos ha podido dar la Condesa para que se hable de ella en esa forma,

Mary. Es verdad, mamá. Tiene razón el doctor. ¡Tú también dices unas cosas!...

Doña Florita. (Torciendo el gesto.) (¡Hum! Este pobre ha caío ya; este pobre es otra víctima. Pero esa mujer es terrible. El día que haya una revolución la cuelgan, por acaparadora.)

Perico. ¡La Condesa es una señora respetable!

Doña Florita. ¿Quién lo duda? Le advierto a usté que lo de lagartona lo he dicho yo en el buen sentido.

Mary. ¡Mamá!

Perico. (Airadamente.) Bien, bien. ¡Veamos a la niña!

Doña Florita. (¡Se ha amoscado!)

Mary. (En voz baja a su madre.) ¡Has metido la pata, mamá!

Doña Florita. (A Mary.) ¡Hasta el cuadril, hija! Pero ya no tiene remedio.

Perico. (A Mary.) Usté, ¿cómo se encuentra?

Mary. ¡Desesperada, doctor!

Doña Florita. Los ataques le repiten de un modo alarmante.

Mary. Raro es el día que me libro.

Perico. Y el caso es que el aspecto general es excelente. El pulso algo anormal, pero por lo demás...

Mary. ¿Sabe usté que tiene usté muy bien arreglado su piso?

Perico. ¿Cómo?

Mary. El piso, que lo tiene usté muy bien arreglado.

Perico. ¡Ah, sí! (Sonriendo forzadamente.) Celebro que a usté se lo parezca.

Mary. ¡Precioso! Con verdadero gusto. Y este despacho es una monada. Unicamente el papel de la habitación es lo que desentona un poco. ¿No le parece?

Perico. ¡El que tenía!

Mary. Debió usté mudarlo. Uno más clarito hubiera estado mucho mejor. ¿Verdad, mamá?

Doña Florita. Sí...

Perico. No se nos ha ocurrido.

Mary. ¿Y les va a ustedes bien?

Perico. Admirablemente.

Mary. ¡Cuánto lo siento!

Perico. ¿Qué?

Mary. Y digo que lo siento porque a nosotras nos coge un poco lejos la consulta. ¡En la calle de Alfonso doce. No es nada céntrico. A usté quizás le hubiera convenido más establecerse en la Puerta del Sol o en la

calle de Alcalá. ¡Hubiera usté hecho más pronto su clientela!

Perico. (Impaciente.) ¡Bueno, señorita!...

Doña Florita. Mery, no entretengas al doctor, acaba ya; no seas pesada, hija.

Mary. Pero, ¿es que tiene usté que hacer?

Perico. (Con sonrisa forzada.) ¡Sí, un poco, señorita!

Mary. ¡Pues haberlo dicho! Nada, nada... ¡Al instante! Usté me dirá.

Perico. (Tragando quina.) Para combatir su enfermedad, ¿qué tratamientos ha empleado usté hasta ahora?

Doña Florita. Todos.

Perico. ¿Todos?

Mary. O casi todos.

Perico. ¿Duchas?

Mary. A pasto.

Perico. ¿Vida al aire libre?

Mary. Mudé la piel. ¡No le digo a usté más!

Perico. ¿Baños de ola?

Mary. También. Con cardenales salía del mar este verano.

Perico. ¿Y con ninguno ha hallado mejoría?

Mary. Con ninguno.

Perico. ¡Es extraño! No nos queda otro recurso entonces que emplear las corrientes eléctricas.

Mary. Goizueta me las recomendó, pero a mí me dan miedo.

Perico. ¿Por qué? No pasa nada. Y se curará usté.

Doña Florita. ¿Usté cree?...

Perico. ¡Seguro! Mañana mismo podemos empezarlas, si usté quiere.

Mary. De no haber otra solución...

Perico. Es la mejor.

Mary. ¡Pues a ello! Con tal de curarme...

Perico. De eso yo le respondo.

Doña Florita. ¿A qué hora le parece a usté la mejor para venir?

Perico. A esta hora. ¿No es buena para ustedes?

Doña Florita. Muy buena.

Mary. ¿Y para usté?

Perico. También muy buena. (Se levanta. Ellas permanecen sentadas.)

Mary. Para él también es buena, mamá.

Doña Florita. Sí, es buena.

Mary. ¡Es buena!

Perico. (Desesperado.) ¡Bueno! (Pasea, mira su reloj, se pone frente a ellas y les sonríe, queriendo confundirlas.) ¡Je! (Bufando y volviendo a pasearse.) ¡Uf!

Doña Florita. (En voz baja a Mary.) ¡Niña, el médico va a estallar si no nos vamos!

Mary. Pues no me voy. ¡Que estalle!

Doña Florita. Pero, ¿qué pretendes?

Mary. ¡Que se mude!

Doña Florita. ¿Cómo?

Mary. ¡O que se muera! El dilema es este: o se muda, huyendo de nosotras, o deja el piso vacío, por defunción, porque yo lo mato a visita diaria.

Doña Florita. ¡Eres el demonio!

Perico. (Acercándose a la puerta de la izquierda y llamando a gritos.) ¡Tío!

Doña Florita. (¡Ya estalló!)

Mary. ¿Qué hace usté?

Perico. Llamar a mi tío para que las atienda a ustedes, porque yo me tengo que marchar, bien a pesar mío.

Mary. Pero, por Dios, no le moleste. Nosotras también nos vamos.

Perico. ¿Ustedes? (Mirándolas con recelo.) ¡No lo creo! (A voces.) ¡Tío! (A ellas.) Aparte de que él tendrá un verdadero placer en saludarlas.

Doña Florita. Y nosotras.

Perico. ¡Tío!

(A la puerta de la izquierda aparece DON GABRIEL LOZANO.)

Don Gabriel. ¿Qué te ocurre?

Perico. Aquí, la señora y la señorita de la Zarza, que preguntaban por usté...

Don Gabriel. ¡Oh! Muy amables. (Acudiendo a saludarlas.) Señoras mías...

Perico. Y yo, con el permiso de ustedes, me retiro.

Don Gabriel. ¿Te vas?

Perico. Tengo que hacer, tío. ¡Le dejo a usté con ellas! He visto a Mery, ya le he señalado tratamiento. (Con exaltación.) ¡Volverán mañana! (A ellas.) ¡Hasta mañana!

Doña Florita. ¡Adiós, doctor!

Perico. (A su tío.) Para usté, hasta luego. (Respirando a pleno pulmón antes de salir.) ¡Ah! (Se marcha por la izquierda.)

Don Gabriel. ¡Qué muchacho éste!

Mary. ¡Es muy simpático!

Doña Florita. ¡Muy simpático!

Don Gabriel. ¡Pero muy tarambana! (Y apunta la censura con el rostro radiante de satisfacción.)

Doña Florita. ¿Y tiene novia, don Gabriel?

Don Gabriel. ¡Qué más quisiera yo que la tuviese! Pero esta juventud moderna huye del casamiento como de la muerte, señora. (Pausa.)

Doña Florita. ¿Ve usté a los de Quintanilla?

Don Gabriel. Aquí han estado esta tarde.

Doña Florita. Hemos de entrar a saludarles antes de marcharnos; que no digan que hemos estado aquí y que nos hemos ido sin verles.

Mary. Como quieras, mamá.

Doña Florita. Una buena novia para el sobrinito es esa.

Don Gabriel. ¿Quién? ¿Atocha?

Doña Florita. ¡Ya lo creo!

Don Gabriel. Pero a Perico no le gusta.

Mary. Naturalmente.

Don Gabriel. ¡Ya quisieran los padres, ya!

Doña Florita. ¡Figúrese usté! ¡Qué proporción mejor para la chica!

Don Gabriel. Y a mí no me parece mal la muchacha. ¡Claro, que como yo no soy el que se ha de casar!...

Doña Florita. ¡Es claro!

Mary. ¿Y qué tal en la nueva casa, don Gabriel?

Don Gabriel. Pues bien. Yo soy de fácil acomodo. Cierto que la portera nos ha puesto la proa y que parece ser que hay alguien empeñado en molestarnos para que saltemos, pero, por lo mismo, yo no pienso moverme de aquí mientras viva. ¡A cabeza dura no me gana nadie!

Mary. (Levantándose como picada por una avispa.) ¡Vámonos, mamá, que es tarde!

Doña Florita. ¡Pero hija, qué repente!

Mary. ¡Vámonos, porque estoy viendo qué como sigamos aquí me va a dar el ataque!

Don Gabriel. ¿Se siente usté mal?

Mary. Sí, señor; pero confío en que se me pasará en cuanto me dé el aire.

Don Gabriel. Pues nada, nada; no la contrarío.

Mary. ¡Adiós, don Gabriel!

Don Gabriel. ¡Adiós, señorita!

Mary. ¡Y que le aproveche a usté su piso!

Don Gabriel. ¿Cómo?

Doña Florita. Discúlpela usté. No está buena de la cabeza.

Don Gabriel. ¡Sí me ha extrañado la rabotada!

Mary. (Impaciente.) ¡Mamá!

Doña Florita. ¡Ya voy, hija! Buenas tardes.

Don Gabriel. Mis saludos a don Tomé.

Doña Florita. De su parte. Muy agradecida. (A su hija.) Eres terrible, Mery, terrible. ¿Qué dirá este señor?

(Salen por la izquierda Mary y doña Florita.)

Don Gabriel. (Saludando desde la puerta.) ¡Adiós, se-

ñoras! (Volviendo a escena.) ¡Qué sospecha!... ¿Serán estas las de...? (Riéndose.) Pues no dejaría de tener gracia. ¡Y estas son! ¡Sin duda! ¡Sin duda! (Por el foro entra PERICO RETAMARES, con gabán y sombrero.) ¿Tú aquí tan pronto? ¿No te has encontrado a las de la Zarza?

Perico. ¡Ni ganas! ¡Por Dios! ¡Qué posmas!

Don Gabriel. Pues acaban de salir. ¡Verdad que dijeron que iban al piso de Quintanilla!

Perico. (Abordando la cuestión que le trae de nuevo a su casa.) ¡Tío, necesito que me preste usté dinero!

Don Gabriel. ¿Cómo?

Perico. Que me lo preste, no que me lo dé. Que me lo preste para yo devolvérselo en cuanto pueda.

Don Gabriel. Pero, ¿no tienes dinero?

Perico. No tengo bastante.

Don Gabriel. ¿Y qué dinero necesitas?

Perico. Mil pesetas.

Don Gabriel. ¿Para qué?

Perico. Un compromiso de honor.

Don Gabriel. ¿De honor?

Perico. De honor.

Don Gabriel. Siendo de honor y siendo compromiso, no puedo negártelas. (Saca su cartera y de ella un billete de mil pesetas, que entrega a Perico.) Ahí van. No quiero creer que me engañas.

Perico. (Guardándose el billete.) Gracias, tío. Si no he venido a la hora de comer, no me espere.

Don Gabriel. ¿No vas a venir a comer?

Perico. Pudiera ser que no. Abajo tengo un auto, me aguardan unos amigos...

Don Gabriel. ¿Amigos? ¿Un auto? ¿Mil pesetas? ¿Un compromiso de honor?... (Con seriedad.) ¡Perico: nunca en la vida—bien lo sabes—he tenido que reprocharte nada; evítame ese dolor en mis últimos años!

Perico. ¡Tío!...

Don Gabriel. ¡Evítamelo; no te digo más! Ya pue des marcharte. (Se sienta, volviéndole la espalda. Perico vacila, está a punto de arrepentirse, se desabrocha el gabán con ánimo de quitárselo, pero el recuerdo de la mujer que le espera domina su impulso generoso. Don Gabriel ha cogido el libro de poesías y se ha puesto a leer. Al cabo de un rato levanta la vista y ve al sobrino.) ¿Qué haces ahí todavía? ¿No te vas?

Perico. ¡Tío, no se disguste usté conmigo! Yo le prometo que no tendrá usté más que regañarme.

Don Gabriel. Si yo no te regaño, tonto. ¡A tu edad! Se regaña a los niños; los hombres ya ellos saben cuales han de ser sus deberes. Y quiero hacerte la justicia de suponer que tú no olvidas los tuyos.

Perico. ¡Y no los olvido!

Don Gabriel. Pues vete con Dios. ¿Un beso?

Perico. (Besando a su tío.) ¡Adiós, tío Gabriel!

Don Gabriel. ¡Adiós, sobrino! (Perico sale por la izquierda. Don Gabriel sigue leyendo. Después de unos minutos siente la curiosidad de asomarse al balcón, lo abre y se asoma.) Es un coche cerrado; me quedo sin saber quién es ella. (En la calle suena una vocina de automóvil; se supone que el coche donde va Perico se aleja. Don Gabriel, al oir la bocina, vuelve al balcón.) ¿Eh? Ya se va, ya se aleja... (Estremeciéndose de frío y cerrando el balcón.) ¡Está fresquita la tarde! (Se sienta de nuevo y coge el libro. Dentro suena la bocina del automóvil, cada vez más lejos. Don Gabriel se queda escuchándola, da un profundo suspiro y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. El balcón abierto Es un claro día de fines de Mayo.

—

(Al levantarse el telón, aparece PERICO RETAMARES entregándole a INÉS un tubo de ensayo.)

Perico. ¡Toma! Lo pones al baño María y cuando esté me avisas.

Inés. ¡Está bien, señor!

(Inés se marcha por el foro. Perico se sienta a su mesa de trabajo y escribe en unas cuartillas. A poco entra, por la izquierda, MORENITO.)

Morenito. ¿Te interrumpo?

Perico. No.

Morenito. ¿Es cosa urgente, de interés? Porque te dejo y me voy a charlar con tu tío.

Perico. (Dejando la labor y levantándose.) No, hombre, no. Estaba escribiendo el artículo ese que me han pedido para la nueva Revista de Medicina.

Morenito. Amigo, ya se solicita tu concurso en los periódicos profesionales. No sabía... ¡Llevas una carrera loca!

Perico. Hace dos meses que está detrás de mí el director de la Revista para que le haga el artículo.

Morenito. Como que hay que ver al precio que se cotiza hoy en Madrid tu firma.

Perico. He tenido suerte.

Morenito. ¡Suerte y talento! No todo en la vida es cuestión de suerte.

Perico. Pero entra por mucho.

Morenito. No llevas un año establecido y te has hecho el amo.

Perico. ¿Y eso no es suerte?

Morenito. ¡Qué ha de serlo! A mí me hace mucha gracia cuando oigo a la gente por ahí hablar de la suerte de Fulano o de la suerte de Mengano. La suerte es que le toque a uno la lotería, pero el triunfar dentro de la profesión ¡qué ha de ser por suerte! ¡Es porque se sirve, porque se vale!..

Perico. ¿Sabes que se te está pegando el tonillo declamatorio de tu jefe?

Morenito. (Aterrado.) ¡No me lo digas ni en broma!

Perico. ¡Pues aunque no lo creas! Le vas dando a la conversación un aire, una elevación de párrafo oratorio..

Morenito. No vuelvo a decir más que monosílabos. ¡Es lo que más he criticado en el mundo!

Perico. (Riéndose.) ¡Todo cae encima! (Pausa. Se sientan.) ¿De dónde vienes?

Morenito. De recorrer Madrid buscando un palco para la corrida de mañana.

Perico. ¿Hay corrida mañana?

Morenito. La de la Cruz Roja.

Perico. ¿Y van los de la Zarza?

Morenito. Pensaban ir, pero se quedarán en casa como yo me quedé sin padre.

Perico. ¿No has encontrado el palco?

Morenito. ¡Ni pagándolo a peso de oro! Temo que cuando Mery lo sepa le vuelvan los ataques, a pesar de haberla tú curado por completo.

Perico. No le volverán.

Morenito. ¡Bueno! ¡Es maravilloso lo que has hecho con esa muchacha, Perico!

Perico. Yo no; la electricidad en todo caso, Morenito. No me gusta adornarme con plumas ajenas.

Morenito. ¡Quien sea! Lo cierto es que se habla de ti en aquella casa y es como si se hablase de Dios. ¡No saben dónde ponerte!

Perico. Más de la mitad de mi clientela la debo a los elogios de esa familia. Yo soy quien debe estarles agradecido.

Morenito. ¡Ya te lo previne! ¡Es buena gente!

Perico. (Con indiferencia.) ¡Sí!

Morenito. (Con intención.) ¿Y Mery?

Perico. ¿A qué viene esa pregunta particular?

Morenito. ¡A que todo se sabe!

Perico. ¿Y qué es lo que se sabe?

Morenito. Que Mery te es la más simpática de la familia.

Perico. ¿Mery? ¡Estás enterado! Casualmente es la única a quien no puedo tragar.

Morenito. ¿No?

Perico. ¡Mujer más intolerable y odiosa!

Morenito. ¿Es posible?

Perico. Verla tan solo me saca de mí, me crispa, Morenito. ¡La aborrezco!

Morenito. Pues yo creía...

Perico. ¡Quita, hombre! ¡Por Dios! Lo que pasa es que mi tío se ha empeñado en metérmela por las narices, a ver si me enamoro de ella, y tengo aquí a Mery por la mañana, por la tarde y por la noche, amparada siempre en la amistad de los Quintanillas. ¡Malditos Quintanillas! ¡Y yo no! ¡A mí no me casan! ¡Y menos con Mery a quien le importo un rábano!

Morenito. ¡Eso no, Perico!

Perico. ¡Sí, Antonio, sí! ¡Déjate de historias! Mery lo que quiere es este piso--¡ya estoy enterado!—y, en vista de que sus ardides para echarnos le han resultado fallidos, en el último recurso de su testarudez, opta por bailarme el agua para ver si me caso con ella y consigue su propósito. ¡Que ya es manía! Y si mi tío le hace el juego es porque cree que una cosa me quitará de otra. ¡Y se equivocan los dos! ¡Pero de medio a medio! ¡Porque, vamos, pensar que yo pueda caer en la trampa es de idiotas, de idiotas!

Morenito. Bueno, bueno; no te enfades, que lo vas a echar a perder; que si lo que tú quieres es convencerme que entre Mery y tú no hay nada, enfadándote es como menos lo consigues.

Perico. (Indignado.) Pero, ¿qué va a haber, zoquete?

Morenito. ¡Muchas gracias!

Perico. ¿Es que tú no sabes en la situación en que estoy yo? ¿Es que vas a ser tú como la gente de la calle? ¿Es que tú no estás al tanto de mi vida?

Morenito. ¿Por qué lo dices? ¿Por lo de la condesa?

Perico. ¡Es claro!

Morenito. ¡Vamos, chico! Lo que es de idiotas es que quieras ponerme eso como una razón.

Perico. Para mí lo es. ¡Y poderosa!

Morenito. ¡Ni para ti tampoco! ¡Pues medrados estaríamos si cada lío tuviese carácter de perpetuidad, de una escritura firmada!... ¡Sería espantoso! Se acabaría el aliciente de las aventuras, el incentivo de los... de las... (Callándose de pronto y cambiando de entonación.) ¡Oye, pues sí que tienes razón, que se me está pegando el tonillo de mi jefe!... ¡Ya no hablo más!

Perico. (Riéndose.) ¿No te lo dije?

Morenito. (Muy serio.) ¡No hablo más!

Perico. ¡De eso!

Morenito. Ni de eso ni de nada. ¡Que no hablo! Desde mañana ejercicios de concisión. ¡Bien! ¡Bueno! ¿Qué? ¡Bah! ¡Sí! ¡No!

(Por el foro aparece DON GABRIEL LOZANO.)

Don Gabriel. ¿Está usted al teléfono, Morenito?

Morenito. ¡Hola, don Gabriel! No, señor; estoy haciendo ejercicios de concisión en el lenguaje para no parecerme a don Tomé de la Zarza. Quiero hablar poco.

Don Gabriel. Y hará usté bien, que ya dice el refrán que quien mucho habla, mucho yerra. (A Perico.) ¿Acabaste el artículo?

Perico. ¡Ni hay prisa! Entró Morenito...

Morenito. Ya le dije que me iría a charlar con usté, pero no me dejó.

Perico. No creas que la pregunta la hace a humo de paja; es que se ha cargado ya tres veces la visita del Director de la Revista, que es un pelmazo.

Don Gabriel. Pero un pelmazo tipo, Morenito. ¡No hay quien lo eche! Dos horas de tabarra, cuando menos, hablándome de lo que no me importa ni conozco. ¡La profilaxis!... ¡El diagnóstico!... ¡El protomedicato!... ¡La locura! (A Perico.) ¡Acaba el artículo, por Dios, o yo emigro, si vuelve ese hombre!

Perico. Descuide usté, que lo concluiré esta noche. ¡Ya le falta poco!

Don Gabriel. Así sea, para bien de mi tranquilidad espiritual. (A Morenito.) ¿Y esos señores?

Morenito. ¡Tan buenos!

Perico. (A Morenito.) ¿Tú has ido a decirles lo del palco?

Morenito. No.

Perico. ¿Quieres hablar por teléfono?

Morenito. ¿Para qué? Ellos han de venir aquí. ¡Ya quedamos en eso!

Perico. (En guardia.) ¿Que han de venir aquí?

Morenito. Al piso de al lado, a felicitar a Quintanilla, que es su cumpleaños y creo que da una cuchipanda. ¡No te soliviantes!

Don Gabriel. Pero, ¡qué actitud tan ridícula la tuya, Perico! En vez de estimar las deferencias de que te hacen objeto los de la Zarza, huyes de ellos como si se tratase de acreedores, singularmente de Mery, tan simpática, tan mona...

Perico. (Guiñando un ojo a Morenito.) ¿Eh? ¡Tío, es que son insoportables!

Don Gabriel. ¡No digas eso!

Perico. Sobre todo las niñas — ¡niñas de Alfonso XIII, como usted llama, en general, a las muchachas

del día, en contraposición con las de Alfonso XII, que eran las de su época! Estas, vehementes, apasionadas, románticas y soñadoras; las otras, ligeras, vanidosas, indiferentes y frívolas. ¡No hay quien las aguante! Y menos que ninguna a Mery, que es el colmo de la mala educación y del descoco. Además de que usté, mejor que nadie, sabe lo que Mery pretende y lo que Mery busca.

Don Gabriel. ¡Pobre Mery! ¡Ya se corregirá!

Perico. ¿De qué les habrá venido la intimidad con esos *parvenús* de los Quintanilla?

Morenito. ¡Cosas de la vida! Se conocieron en la Princesa. Tenían los palcos juntos... Las muchachas hicieron amistad con Atocha y como, después de todo, los Quintanillas no son malas personas y los de la Zarza no tienen vanidad ni prejuicios...

Don Gabriel. ¡Naturalmente! ¡Y a cuánta gente no trata uno en el mundo de peor condición moral y material que los de Quintanilla! ¡Hacen bien los de la Zarza! Yo les aplaudo su noble independencia.

Perico. Y yo no la censuro. He preguntado únicamente, tío.

(Por el foro aparece INÉS.)

Inés. ¿Señor?

Perico. ¿Está ya listo eso? Voy en seguida. (Inés se marcha.) ¡No te vayas, Antonio!

Morenito. ¡Si no me voy! ¿No me has oído que he de esperar aquí a los de la Zarza? (Perico se va por el foro.) ¿Qué hay, don Gabriel? Estará usté contento de ver subir a Perico como la espuma.

Don Gabriel. (Eludiendo la respuesta.) ¡Pchs!...

Morenito. ¿No está usté contento?... ¿Es que se puede llegar a más en menos tiempo, don Gabriel?

Don Gabriel. Sí, estoy contento de ver que va hacia arriba, pero...

Morenito. ¿Cómo? ¿Un pero? ¿Qué encierra ese pero?

Don Gabriel. ¡Tantas cosas!...

Morenito. ¡A ver! ¡A ver!

Don Gabriel. ¿Qué podré decirle a usted que usté no sepa? ¡No estoy contento, Morenito! ¿A qué mentirle a usté? ¡No estoy contento!

Morenito. ¡Caramba, don Gabriel! ¡Pues ahora sí que no hay motivo! Así como la otra vez que usté me habló, yo fuí el primero en reconocer la razón que le asistía y hasta le reñí a Perico por su conducta, recomendándole otro comportamiento, ahora, la verdad, no se me alcanza...

Don Gabriel. Sí, señor; ahora se guardan las formas, se procura evitar, en lo posible, la murmuración y el escándalo... Perico se recoge a buena hora, cumple con sus deberes...

Morenito. Pues ¿qué más, don Gabriel? No hay que pedir imposibles. La juventud tiene sus exigencias y Perico es muy joven todavía. Hay que ser indulgentes con las debilidades humanas.

Don Gabriel. Y yo procuro serlo, Morenito. Prueba de ello, que nada he dicho a mi sobrino. Pero a usté no puedo ocultarle la verdad de mis sentimientos. Es peor, mucho peor lo que está haciendo Perico, que lo que hacía.

Morenito. ¿Peor?

Don Gabriel. ¿Sabe usted que esa *señora*—de alguna manera hay que llamarla—so protexto de enfermedad, se ve con él aquí todas las tardes?

Morenito. ¿Aquí?

Don Gabriel. Aquí, en mi propia casa, en esta casa que, por vivir yo en ella, Perico debió siempre respetar como si fuese un santuario.

Morenito. ¡Sí es frescura!

Don Gabriel. Yo diría mejor indignidad. Y, claro, que por lo que pueda pensar el marido, no me importa, porque ya estoy al cabo de que se trata de un marido de vodevil francés; pero, por lo que puedan pensar los demás, sí me interesa no aparecer como patrocinador o encubridor de una pasión culpable.

Morenito. ¿Y quién ha de creer semejante absurdo?

Don Gabriel. ¿Cómo surgió en la vida de mi sobrino esa mujer? ¿Usté lo sabe, Morenito?

Morenito ¡Y tanto que lo sé! Nuestra casa de huéspedes daba frente a su palacio y el cuarto de Perico coincidía con las habitaciones particulares de la Condesa. Uno y otro día, ella detrás de los cristales, Perico al balcón, se cruzaron miradas entre ellos. Perico comenzó a amarla en silencio, convencido siempre de que nunca podría ser una realidad su sueño dorado. En un baile de máscaras del Real, la Condesa, disfrazada, abordó a Perico, y lo que parecía un imposible, fué. Al regresar ahora Perico de Alemania, halló una tarde a la Condesa en el *hall* del Palace, la saludó, se hablaron y la pasión dormida despertó con nuevos bríos. Esto es todo, don Gabriel. Ni hay más ni hay menos. Pero, aunque sea meterme en lo que no me importa, yo me atrevería a decirle a usté, que no veo tan mal la conducta de Pedro. ¿Cuántos como él no hay en el mundo?

Don Gabriel. Lleva usté razón; pero también en el mundo hay muchos cojos y a mí no me gustaría que mi sobrino lo fuese.

Morenito ¡Me ha convencido usté!

(Dentro, hacia la izquierda, se oye reir a Perico.)

Don Gabriel. ¡Silencio, que él llega!

(Por la izquierda entra PERICO, echando el brazo por el hombro a DON ROSENDO QUINTANILLA, que aparece con un pijama de seda. En el bolsillo alto del pijama lleva media docena de puros habanos y otra media de peninsulares.)

Perico. ¡Pase usté, gran hombre, pase usté! ¡Tío, mire usté lo que le traigo!

Don Gabriel. ¡Señor Quintanilla! ¡Amigo, qué *deshabillé!*

Don Rosendo. (Satisfecho de haber causado la espectación que buscaba.) ¿Eh? (Señalando al pijama.) ¡De seda! Regalo de mi mujer. No quería que me lo pusiera pa venir aquí, pero es lo que yo la he dicho:—¡mujer, si no es pa que lo vean los amigos, no merecía la pena haberlo comprao' ¿Verdá usté?

Don Gabriel. ¡Naturalmente!

Don Rosendo. ¡Y que los vecinos son de confianza! Lo que yo siento, es no poder sacarlo a la calle.

Don Gabriel. ¡Hombre! A la calle...

Don Rosendo. ¡Cuarenta duros que ha costado el trajecito, no vayan ustés a pensarse!...

Don Gabriel. Ya, ya.

Perico. ¡Sí, es muy lindo!

Morenito. ¡Precioso!

Don Rosendo. Y se está con él.. ¡Vamos! Se está pero que la mar de cómodo y la mar de fresco ¡Mejor que en camiseta. (Todos se ríen.)

Perico. ¿No le felicita usted, tío, por el cumpleaños?

Don Gabriel. ¡Ah, sí, es verdad, que ya nos ha dicho Morenito!...

Don Rosendo. ¡Cincuenta y cinco que cumplo na más! ¡El medio ciento del fraile!

Don Gabriel. ¡Pues que cumpla usted otros cincuenta y cinco es nuestro deseo!

Don Rosendo. ¡Tantismas (Dándole a Perico un puro habano.) ¡Ahí va un puro, amigo! (Dándole otro a Morenito.) ¡Vaya otro! (Ofreciéndole a don Gabriel.) ¡Tenga usté, don Gabriel!

Don Gabriel. No, muchas gracias.

Don Rosendo. ¡Vamos! ¡Fúmeselo usté, que es de cuatro pesetas!

Don Gabriel. ¡Ah! Si es de cuatro pesetas... (Acepta el puro.)

Don Rosendo. ¡Natural, señor!

Perico. (A Morenito.) ¡Es de lo más bruto que yo he visto!

(Perico y Morenito encienden sus puros. Don Gabriel va a quitar la faja al suyo y Quintanilla se indigna.)

Don Rosendo. ¿Qué hace usté? ¡Pa fumárselo sin faja, tenga usté éste! (Y saca uno de los peninsulares.)

Perico. (A Morenito.) ¿No te digo?

Don Gabriel. ¡Ah! Pero ¿es la faja lo que se fuma?

Don Rosendo. ¡No, señor; pero pa que no parezca de cuatro pesetas, bien está cualquiera!

Don Gabriel. En ese caso... ¡Ahí va el puro!

Don Rosendo. (Disimulando por el bien parecer, pero contrariado en el fondo.) ¡Jo! ¡Jo! ¡Quite usté, señor! ¡Si es una broma! ¡No faltaba más! ¡Jo! ¡Jo! Yo lo decía... (¡La culpa tié uno! No se hizo la miel...)

Perico. (A Morenito.) Cuando yo te aseguro que es un adoquín... (Viendo que don Rosendo se agacha para coger del suelo la faja que ha tirado don Gabriel.) ¡Míralo, míralo!... (Se ríen disimuladamente.)

Morenito. (A Perico.) ¡Qué fantoche!

Don Rosendo. (Dirigiendo una mirada de encono a don Gabriel cuando éste, después de encendido el puro, arroja la primera bocanada de humo.) (¡No te verás en otra!) Bueno, señores; pos yo he venido aquí pa invitarles a ustés a que me dispensen el honor de honrar esta tarde mi casa, donde hay preparao un guateque pa osequiar a las amistades, pero que superior na más: pastas, galletas, dulces, *brichós*...

Perico. (Corrigiéndole.) ¡Brioches!

Don Rosendo. ¡Eso! ¡Briós! ¿Los briós no son los que tién una cosa así... y luego...? ¡Por eso! *¡Brichós!* Vinos, licores, habanos, *empaderaos*... ¡Ah! ¡Y té!

Don Gabriel. Muy agradecidos, don Rosendo.

Don Rosendo. ¡Na de agradecimientos aquí, que las cosas se ofrecen a ley y no por cumplir ni por cortesía, que ya me conocen ustés! ¡De corazón! ¡Y que si no van, nos dan el primer disgusto, tanto a mí como a la parienta y a la vástaga!

Morenito. ¿A quién?

Don Rosendo. ¡La vástaga, señor! ¡Mi *primoingénita!*

Morenito. ¡Ya!

Don Rosendo. (Encarándose con Morenito.) ¿Es que está mal dicho, quizás?

Morenito. ¡No, señor, don Rosendo!

Don Rosendo. Porque si está mal dicho, usté me dirá cómo se dice, que a mí no me molesta el que *me se* corrija cuando no sé una cosa, como ha hecho aquí, su

amigo de usté, con lo de los *brichós*, que lo decía mal y ya lo digo bien. ¿No es eso?

Perico. ¡Claro!

Don Rosendo. *¡Brichós!* ¡No *me se* olvida!

Don Gabriel. ¡Pues, nada, don Rosendo; cuente usté con que asistiremos al *ágape!*

Don Rosendo. ¿A qué?

Don Gabriel. A la merienda, al festejo...

Don Rosendo. ¡Ah, ya! ¡Pos a otra cosa!

Morenito. ¿Qué hacía usté anoche en Romea? ¡Ya le vimos a usté! ¡Amigo, bien nos timábamos con «La Campanita!» Buena mujer, eso es aparte.

Don Rosendo. ¿«La Campanita»? ¡Da la hora!

Perico. ¡Y usted los cuartos!

Don Rosendo. ¡Porque se puede!

Perico. ¡Así tiene usté esa suerte para las conquistas!

Don Rosendo. ¡Tó es cuestión de carteral Le mandé el otro día cuarto de quilo de brillantes, según es mi costumbre, y desde entonces que no me quita ojo.

Perico. ¡Lo creo!

Morenito. Como que estaba yo por hacerme cupletista ¡Ahí es nada! Cuarto de quilo de brillantes. ¡Ni que fueran bombones!

Don Gabriel. ¿De modo que ahora nos dedicamos a las varietés, señor Quintanilla?

Don Rosendo. ¡Por pasar el rato!

Don Gabriel. ¿Ya no va usté al Real, ni le gusta la música de *Güañer?*

Don Rosendo. (Escamado.) ¡De Wagner, don Gabriel! No me gaste usté chuflas.

Don Gabriel. ¿Cómo?

Don Rosendo. ¡De Wagner! Ya sé que se dice Wagner.

Don Gabriel. ¡Se dice de las dos maneras!

Don Rosendo. No, señor; no se dice más que Wagner.

Don Gabriel. Perdone usté, se dice de las dos maneras: Wagner bien dicho y *Güañer* mal dicho.

Don Rosendo. ¡Ah, ya! ¡Eso sí!

(Por la izquierda aparece DOÑA TINA en traje de casa.)

Doña Tina. (Dirigiéndose a su marido.) ¡Bueno, Rosendo!... Con el permiso de ustedes. ¡Buenas tardes! Está la casa llena de gente; todos me preguntan por ti y tú aquí, tan campante. Haz el favor de venir y de mudarte de traje, porque así no te vas a presentar.

Don Rosendo. ¡Pero qué empeño en que me mude de traje, mujer!

Don Gabriel. ¡No, don Rosendo! Tiene razón la señora.

Don Rosendo. ¡Si estoy la mar de bien!

Don Gabriel. ¡No es traje de visita!

Don Rosendo. ¡Si no *me se* ve ná!

Doña Tina. ¡Rosendo!...

Don Gabriel. ¡Ande ustél ¡Ande usté!

Don Rosendo. ¿Han llegao los de la Zarza?

Doña Tina. Hace un rato.

Don Rosendo. ¡Pos vamos! ¿Vamos, don Gabriel?

Don Gabriel. Con mucho gusto.

Doña Tina. ¿Y usté, doctor? ¿Y usté, Moreno?

Perico. Ahora iremos, señora. Morenito se queda aquí conmigo un momento.

Doña Tina. (A don Gabriel.) Les mandaremos a las muchachas, a ver si los deciden.

Don Gabriel. ¡Bien pensado!

Don Rosendo. (A su mujer.) Oye, tú, pero ¿en serio que me he de quitar el *pijarama?* Entonces, ¿pa qué me lo has comprao, mujer? ¡Pa no poderlo usar más que en la alcoba!... ¡Vamos!... (Salen por la izquierda, animadamente, doña Tina, don Gabriel y don Rosendo.)

Morenito. ¿Quieres algo de mí?

Perico. Que no te fueras, a fin de hacer menos ostensible mi retraimiento. ¡En seguida te dejo! (A la puerta del foro.) ¡Inés! Mi sombrero y mi bastón. Huyo de ir a casa de Quintanilla, primero por no ver a Mery...

Morenito. ¡Pero, hombre!

Perico. ¡A mí no me casan, Morenito! Y segundo por no soportar la persecución de Atocha.

Morenito. ¿También Atocha?

Perico. ¡No tienes idea!

(INÉS aparece por el foro con el sombrero y el bastón de Perico, se los entrega y se marcha.)

Morenito. ¡Pero, chico! ¡Estás rifado!

Perico. (Poniéndose el sombrero.) ¡Rifado! (Va a salir por la izquierda a tiempo de que entran MARY y ATOCHA. Perico se quita el sombrero.) ¡Ah!

Atocha. ¡Vamos, es el colmo, que seamos las mujeres las que tengamos que venir en busca de los hombres!...

Morenito. Usté dice lo que el Profeta, Atocha. «Ya que la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña.»

Atocha. (Entusiasmada.) ¡Ay, qué bonito! ¿Y qué Profeta dijo eso? ¿Daniel? ¿Ezequiel? ¿Jeremías?

Morenito. Mahoma.

Atocha. ¡Herejel... ¡Mira que Mahoma!...

Morenito. ¡Mahoma lo dijo, Atocha! Y lo que pare-

ce imposible es que usté, siendo una hurí del Profeta, no estuviera enterada.

Atocha. ¡Ay! ¡Yo hurí! (Poniéndose dengosa.) ¡Tonto! ¡Mira que es tonto! Pero, ¡qué tonto! ¿Has visto? ¡Qué tonto!

Mary. (A Perico.) ¿Iba usté a salir, doctor?

Perico. Sí, señorita: un momento A visitar unos enfermos.

Atocha. ¿De modo que no viene usté a casa? (Perico se supone que sigue hablando con Mary en voz baja y que no oye a Atocha.) ¡Eh! ¡Que hablo yo!

Perico. ¡Ah! ¡Perdóneme usté, Atocha! La creí entretenida en seguir llamando *tonto* a Morenito.

Atocha. ¡Encima tómeme usté el pelo!

Perico. ¡Dios me libre!

Mary. (A Morenito.) ¿Encontró usté el palco?

Morenito. No me ha sido posible.

Mary. ¡Qué coraje!

Perico. ¿Por qué, Mery? ¿Tanto empeño tiene usté en ir a esa corrida?

Mary. ¡Usté verá!

Perico. No me lo explico. Ya es doloroso que los hombres asistan a un espectáculo tan salvaje, pero que vayan las mujeres es, más que doloroso, incomprensible.

Mary. ¿A usté no le gustan las mujeres que van a los toros?

Perico. ¡A mí no!

Morenito. Le advierto a usté, Mery, que no debe usté perder la esperanza; que un revendedor me ha prometido tenerme buscado un palco para esta noche.

Mary. (Mirando a Perico.) ¿Sí? ¡Pues no se lo compre usté ya!

Morenito. ¿Cómo?

Mary. (Sin dejar de mirar a Perico.) ¡Que no lo compre! Desisto de ir a la corrida.

Perico. Pero, ¿por qué, Mery?

Mary. ¡Por darle a usté gusto!

Perico. (Perdiendo los estribos al verse cogido.) ¡No! ¡No! ¡A mí no! ¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! ¡Muy agradecido! Pero privarse usté por mí... ¡Vamos, que no!

Mary. Pero, ¿por qué no?

Perico. ¡Porque no, Mery! ¡No faltaba más! Morenito, compra el palco!

Mary. ¡Pedro!...

Perico. ¡Compra el palco, Morenito! ¡Qué disparate! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Compra el palco!

Mary. ¡No lo compra!

Perico. ¡Bueno, pues si no lo compra él, lo compro yo! ¡Es igual! ¡Cuestión cerrada! ¡Estaría bien!... ¡Que no, hombre, que no! ¿A mí?... ¡Cá! ¡Lo compro yo!

Mary. (Con mimoseria.) Y si lo compra usté, ¿vendrá usté conmigo?

Perico. (Abriendo mucho los ojos.) ¿Eh?

Mary. ¿Que si vendrá usté conmigo?

Perico. ¿A dónde?

Mary. ¡A los toros!

Perico. ¿A los?... ¿Yo?... ¿Ir yo?... (¡Ay, ay, ay! ¡Esta mujer!... (Echando por la calle de en medio.) ¡Vaya, vaya! Con el permiso de ustedes... ¡Me tengo que marchar! (Mirando su reloj.) ¡Son las cinco! Sintiéndolo mucho... (Despidiéndose de Mary.) Señorita... Atocha... Ustedes me perdonarán, ¿no? Las ocupaciones, el deber... (Volviendo a mirar el reloj.) ¡Son las seis! ¡Adiós, Morenito! Buenas tardes. (¡Que no, hombre, que no, que a mí no me casan! ¡Cá!) (Desde la puerta.) ¡Servidor de ustedes! (Vase por la izquierda.)

Mary. (Con tristeza.) (¡No me quiere!)

Atocha (Con rabia.) ¡Es un grosero!

Morenito. No ha estado muy correcto que digamos.

Atocha. ¡Qué diferencia con usté, Morenito! Usté es un muchacho *muy bien.*

Morenito. ¡Favor que usté me hace, Atocha!

Atocha ¡Pero *muy bien!*

Morenito. ¡Muy bien... digo, perfectamente!

(Mary se ha sentado en el sofá con aire de melancolía. Por la izquierda aparece DON GABRIEL.)

Don Gabriel. ¿Y Perico?

Morenito. Se ha marchado.

Don Gabriel. ¿Que se ha marchado?

Mary. ¡Se ha marchado dejándome con la palabra en la boca, don Gabriel!

Don Gabriel. ¡Qué chiquillo!

Atocha. ¿Viene usté ya de casa?

Don Gabriel. Sí, hija. Está tu salón que echa bombas; con tanta gente... ¡Yo me asfixiaba allí!... ¡Aquí se respira!

Atocha. ¿Me acompaña usté Morenito?

Morenito ¡Encantado!

Atocha. ¿Tú te quedas, Mery?

Mary. Un poco. Para no dejar solo a don Gabriel

Don Gabriel. ¡Dios te lo pague, hijita!

Atocha. (A Morenito.) ¡Para no dejar solo a don Gabriel dice!... ¡Para esperar a que vuelva el otro! Creerá que una es tonta.... ¡Qué vergüenza! No sé cómo hay mujeres que pierdan los estribos hasta ese extremo.

(Comiéndose con los ojos materialmente a Morenito.) ¡Yo no podría, se lo juro a usté, Morenito, no podría meterme así por los ojos de un hombre!

Morenito. Ya, ya lo veo.

Atocha. ¡Hasta después!

Morenito. Buenas tardes.

Don Gabriel. ¡Adiós, Morenito! ¡Adiós, Atocha!

Atocha. (A Morenito.) ¡Qué mujeres, Morenito! ¡Qué cosas! ¿Ha visto usté?

Morenito. (Yéndose a las vistillas) Las estoy viendo, Atocha. ¡Estupendas, hija, estupendas!

Atocha. ¡Mire usté que meterse así por los ojos de un hombre!...

(Desaparecen por la izquierda Atocha y Morenito, en íntimo coloquio.)

Don Gabriel. ¿Qué tienes, Mery?

Mary. (Sacudiendo la cabeza como para ahuyentar su preocupación y levantándose resuelta.) ¡Nada ya, don Gabriel!

Don Gabriel. Estás triste. ¿Te ha disgustado lo de mi sobrino?

Mary. Un poco. ¡Pero ya pasó!

Don Gabriel. ¿Ves la partida en peligro de perderla! ¡Ya te lo anuncié!

Mary. ¡Al contrario! Ahora, más que nunca, estoy segura del triunfo. Me huye; luego me teme. ¡El caerá! Es cuestión de tiempo. ¡No hay que preocuparse!

Don Gabriel. ¡Cómo me alegra oirte, muchacha!

Mary. Recordará usté que en una ocasión, hablando los dos a solas, se lamentó usté conmigo del abandono y de la indiferencia de Pedro, de *algo* que a Pedro le preocuba y le alejaba de usté, y recordará también que yo le dije, quizás aventurándome demasiado: la regeneración de Pedro corre de mi cuenta. Hubo en mí, entonces, al hacer aquella afirmación—¡se lo confieso!—un poco de vanidad y de coquetería y un mucho de afecto íntimo y noble hacia usté, pero no hubo más. Después ha habido mi amor propio, ofendido por la esquivez de Pedro, y luego—¿quién lo pensará?—, un verdadero amor, un amor como yo no lo pude ni soñar. Por eso, al principio, tal vez la victoria hubiese sido incierta, pero ahora, con la fuerza de estos tres amores juntos, no es posible dudar. ¡Venceremos, don Gabriel! ¡Al tiempo! ¡Venceremos! ¡Ya me huye, ya me huye!...

Don Gabriel. Pero, ¿es de veras, Mery, de veras que te has enamorado de mi sobrino?

Mary. ¡Ni yo me atrevía a creerlo, pero sí me he enamorado, don Gabriel! Acaso haya influído su mis-

ma rudeza, ese desvío con que me trata; acaso también la gratitud que le debo. Sea lo que fuere, lo cierto es que sólo en él pienso a toda hora, que sólo a su lado soy feliz, aún no oyéndole más que inconveniencias, dichas siempre en tono desabrido. ¡Le quiero, le quiero! ¡Ya se convencerá de que le quiero!

Don Gabriel. Quien lo aleja de mí lo aleja de ti y hace que él no se fije.

Mary. ¡Ya se fijará! Por lo pronto, me huye. ¡Hoy me ha huído! Es un síntoma. ¡Me ha huído! Acabará buscándome.

Don Gabriel. ¡Ojalá!

Mary. ¡Usté lo ha de ver! Sería la primera cosa que yo no consiguiera.

Don Gabriel. ¿Ves tú? ¡En eso sí fío! Como una mujer se proponga algo, difícilmente se le niega. ¡Hasta ahí estamos!

Mary. ¡Usté lo ha de ver! Viviremos juntos y saldremos a pasear por las tardes por esas avenidas de ese Retiro tan hermoso y por los andenes de la Moncloa y por las vereditas calladas y melancólicas del Parque del Oeste, usté de mi brazo, mientras Perico hace sus visitas de médico. Y en primavera, muchas mañanas nos levantaremos tempranito, muy tempranito, y en el auto nos iremos a ver salir el sol, unas veces a Aranjuez y otras a Guadarrama. Y aquí, en nuestra casita, cuando llegue el invierno, pasaremos juntitos la velada, juntitos los tres, o los dos si Pedro sale, porque aunque salga Pedro yo no saldré para no dejar nunca solo a mi viejecito.

Don Gabriel. (Conmovido.) ¡Hija! ¡Hija! Me harás llorar.

Mary. ¡Al tiempo! ¡Al tiempo!

Don Gabriel. Tu confianza me anima. ¡Ay, si tú lograras eso, Méry; que yo antes de morir pudiera ver a mi sobrino con su casa y su hogar, y no como lo veo!

Mary. ¡Se logrará, don Gabriel! ¡Esté usté seguro!

Don Gabriel. ¡Qué sé yo, qué sé yo!

Mary. ¿El no ha hablado con usté de mí?

Don Gabriel. Algunas veces.

Mary. ¿Y qué dice? ¿Qué piensa? Le soy muy antipática, ¿verdad?

Don Gabriel. No...

Mary. ¡Dígamelo usté! ¡Si no me importa! ¡Le soy antipática! ¡Es otra prueba a mi favor!

Don Gabriel ¿Tú crees?...

Mary. ¡Vaya! Lo malo sería que le fuese indiferente.

Don Gabriel. No, pues indiferente no le eres.

Mary. ¿Ve usté? ¿Y qué dice? ¿Qué dice?

Don Gabriel. Dice... Pero, ¿cómo voy a decirte lo que dice, Mery?

Mary. ¿Tan enojoso es?

Don Gabriel. Se lamenta de tu frivolidad, de tu falta de juicio, de tu alocamiento, que a mí tanto me encanta...

Mary. Pues, ¿qué quiere? ¿Que sea juiciosa? ¡Lo seré! ¿Que contenga mis ímpetus? Procuraré contenerlos. ¿Qué más? ¿Qué más? Conviene saber cómo piensa el enemigo para combatirle mejor.

Don Gabriel. Mira, Mery; mi sobrino, no es que yo pretenda disculparlo, pero no es un hombre de su tiempo. Los muchachos de hoy, los que tú tratas y conoces, son como tú, ligeros, despreocupados, verdaderos sportmans, que reducen su vida al tennis, al golf, al tiro de pichón y a las carreras de caballos; que no leen nada ni estudian nada; que van al teatro a divertirse con las obras absurdas, mientras más absurdas y disparatadas más en armonía con sus gustos y aficiones, y que protestan de todo aquello que tenga un asomo de espiritualidad y de sentido; que llaman cursi al que es capaz de emocionarse con una desgracia, y que tratan a las mujeres como si fuesen hombres: a baquetazos. De esto último te dará una idea sólo el ver lo que sucede en los tranvías. ¿No te has fijado? Las plataformas llenas de mujeres y el interior del coche ocupado por hombres. Ten por seguro que si alguien se levanta para ofrecer su asiento a una señora no será nunca un pollo, siempre será algún viejo de los que todavía sabemos el respeto y la consideración que se merecen las damas.

Mary. Cierto, cierto.

Don Gabriel. Pues estos pollos tan... *bien* y tan mal educados, si adoran vuestra frivolidad es porque es reflejo de la suya, y se casan con vosotras como el que compra un objeto de pasatiempo y distracción, igual que vosotras os casáis con ellos, después de todo; sin amor, sin ilusiones. Ilusiones y amor... ¡qué dos palabras tan cursis en estos tiempos! Pero mi sobrino, hombre de carrera y estudios, un poco chapado a la antigua, ya comprenderás que no puede sentirse inclinado hacia unas mujeres que sólo sois capaces de hablar con entusiasmo de las velocidades que puede desarrollar un Roll o del dinero aventurado por vuestro marido o vuestro novio en una jugada de ruleta. ¿Me comprendes?

Mary. ¡Sí, le comprendo, don Gabriel!

Don Gabriel. A él le gustaría—no me lo ha dicho,

pero estoy seguro—que tú, por ejemplo, fueses una mujercita de tu casa, que supieses, antes que las marcas de los automóviles de moda, la Doctrina Cristiana para enseñársela a tus hijos, cuando los tuvieres, y mejor que los tiempos de un fox-trot o de un two step, las labores inherentes a tu sexo, si no para hacerlas, para poder mandarlas. ¡Da pena veros tan bonitas y tan inútiles; tan monas y tan faltas del verdadero sentido de la vida! Ahora mismo, ahí en el salón de Quintanilla, he sorprendido una discusión entre tu hermana Dolly y Gorito. Dolly quería terminar las relaciones porque Gorito no sabe bailar. ¿Te parece? ¡A lo que hemos llegado! Se puede pasar porque un hombre no sepa gramática, ni de cuentas, ni siquiera escribir con ortografía; pero que no sepa bailar... ¡Por eso no se pasa! Al que no sabe bailar se le desprecia. ¿Qué me dices a eso?

Mary. Que lleva usted razón y que procuraré corregirme... ¡Por todo! Por él, por mí... ¡Y por usté también, que habrá de quererme más cuando yo sea de otra manera! ¿Verdad, don Gabriel?

Don Gabriel. Quererte más ya es imposible, hijita.

Mary. ¡Lo bueno que es usté! (Levantándose.) (Pero, ¿por qué le gustaré tanto al tío y tan poco al sobrino?) (Suspirando.) ¡Ay, Dios!

Don Gabriel. ¡A ver si te echan de menos, Mery! Debieras volverte a casa de Quintanilla.

Mary. ¿Le molesto a usté?

Don Gabriel. A mí no.

Mary. Entonces, cuando me echen de menos ya me avisarán.

Don Gabriel. ¡Lo que tú quieras! (Mary corretea la estancia, siempre con su idea fija. Don Gabriel la contempla con una sonrisa de bondad entre sus labios.) ¡Cómo le gusta estar aquí!

Mary. ¡Me gusta, don Gabriel! ¿A qué negárselo a usté? ¡Me gusta, me gusta!... Y si esta habitación tuviera otro papel... ¡mi gloria! (In mente hace la distribución de sus muebles y luego suspira.) ¡Ay! ¡Y este mirador, que es una delicia!... (Rezando en voz baja.) «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Don Gabriel. ¡Mery!

Mary. ¡Ay, don Gabriel! ¡Qué desgraciada soy!

Don Gabriel. ¿Tú desgraciada? ¡Mírate a un espejo!

Mary. Agradezco la lisonja, pero no es por *áhi*.

Don Gabriel. ¡No es por *áhi!* ¿Ves qué modo de hablar? ¡Se dice no es por ahí!

Mary. ¡Pues a papá lo van a hacer académico!

Don Gabriel. No será por la corrección de estilo de sus hijas.

Mary. ¡Supongo que no! (Sentándose en el sillón de Pedro ante la mesa.) ¡Caramba! ¡Letra de Pedro! ¿Está escribiendo Pedro?

Don Gabriel. (Levantándose.) ¡No toques ahí! Sí, está escribiendo un artículo que le han pedido; pero deja tú eso. ¡Ven aquí, Mery!

Mary. ¿Lo conoce usté?

Don Gabriel. ¿El artículo? Todavía no. ¡Vamos, Mery!

Mary. (Que ha leído unas líneas.) ¡Ah! ¡Pues es precioso! Atienda usté.

Don Gabriel. ¡Mery!...

Mary. (Leyendo.) «Cajal establece como fórmula para las prolongaciones protoplasmáticas y cuerpos celulares una conducción axípeta, mientras que el cilindroeje la posee somatófuga.»

Don Gabriel. ¡Atiza! ¿Cómo has dicho?

Mary. ¡Que el cilindroeje la posee somatófuga!

Don Gabriel. ¡Pues está divertido el cilindroeje!

Mary. ¡Es precioso!

Don Gabriel. Sigue, sigue.

Mary. (Leyendo.) «La coloración de Nissl con azul de metileno permite distinguir en el cuerpo celular dos partes: una cromófila, que se continúa con las prolongaciones protoplasmáticas, y otra acromática, que se continúa con las cilindroaxiles.»

Don Gabriel. ¡Mira, no sigas!

Mary. ¡Pues está muy bien! ¡Qué interesante! Y aquí, para mayor claridad, lo explica en un gráfico.

Don Gabriel. ¡A ver! ¡A ver!

Mary. ¡Fíjese usté! Esquema de un neuroma: A.—Parte desnuda del apéndice neurita o nervioso.—B. Parte revestida de mielina.

Don Gabriel. Oye, ¿pero dice mielina?

Mary. Dice mielina. C. Neurilema.—D. Cilindroeje.

Don Gabriel. ¡Aquí está! Pero lo que yo no veo es que la posea somatófuga.

Mary. ¿Qué será somatófuga? (Leyendo en el gráfico.) «E. Neurita.—F. Dendritas, y H. Célula nerviosa.» ¡Maravilloso, don Gabriel! ¡Ya tiene talento Pedro, ya! ¿Me deja usté que le lleve el gráfico a don Rosendo Quintanilla?

Don Gabriel. ¡Mujer!

Mary. ¡Habría que oirle cuando yo le dijera todos estos camelos! (Se ríe.)

Don Gabriel. (Imponiéndole silencio.) ¡Calla!

Mary. ¿Qué pasa?

Don Gabriel. Que he sentido abrir la puerta. Pedro debe ser.

Mary. ¿Pedro?

Don Gabriel. (Prestando atención.) ¡Sí, él es!

Mary. ¡Déjeme usté sola entonces!

Don Gabriel. ¿Dejarte sola, Mery?

Mary. ¡Necesito yo que hablemos! ¡Y nunca mejor!

Don Gabriel. ¡Bueno, hija! ¡Allá tú!

Mary. Hay que librar la batalla alguna vez, y ahora la ocasión no puede ser más propicia, libre de testigos, de la inoportuna y constante presencia de Atocha... ¡Veremos si resiste!

Don Gabriel. ¡Te dejo, te dejo! ¡Tú sabrás!

Mary. ¡Ya verá usté si sé!

Don Gabriel. ¡Buena mano! (¡Lo que una mujer no consiga!...) (Vase por el foro. Mary se levanta y se sitúa en el rincón del foro izquierda, junto a la anaquelería, coge un libro y lo hojea. Pausa. Por la izquierda entra resueltamente PERICO, creyendo que no hay nadie en la habitación.)

Perico. ¡Gracias a Dios que puede uno estar solo en su casa! (Se vuelve, y al encontrarse con Mary, se queda de una pieza.)

Mary. (Con cara de inocencia.) ¡Hola!

Perico. (Aterrado.) Pero, ¿está usté ahí?

Mary. Sí, señor. Si le molesto, me voy. ¡Esperaba a don Gabriel!...

Perico. (Paseando furioso.) (¡Vamos! ¡Esto ya colma la medida!) (Pausa.)

Mary. (Sin inmutarse.) ¡He leído su artículo de usté!

Perico. ¿Cómo? ¿Mi artículo? (Yendo hacia la mesa.) (¡Ya me revuelve hasta mis papeles!)

Mary. ¡Es precioso! ¡Somatófuga!

Perico. ¿Qué?

Mary. Tiene usté mucho talento.

Perico. ¡Muy reconocido a su bondad, señorita!

Mary. ¡Pero mucho talento!

Perico. ¡Mil gracias!

Mary. Y es usté un carácter, un mal carácter, pero, vamos...

Perico. ¿Eh?...

Mary. Por supuesto, que hace falta ser así para llegar adonde usté ha llegado.

Perico. ¡Yo, señorita, he llegado al paroxismo!

Mary. Si le molesto, me voy.

Perico. ¡No, señorita, no!

Mary. ¡Esperaba a su tío!...

Perico. ¿Y en dónde está mi tío?

Mary. ¡Ah! No sé.

Perico. ¿Se lo ha tragado la tierra?

Mary. No sé.

Perico. Pero, ¿usté ha venido a visitar a mi tío o a felicitar a don Rosendo Quintanilla?

Mary. Si le molesto, me voy.

Perico. ¡Y dale! ¡Bueno!

Mary. ¿Bueno, es que me vaya?

Perico. No, señorita. Bueno, es que puede usté hacer lo que guste. ¡Está usté en su casa!

Mary. ¡Ojala!

Perico. ¿Cómo?

Mary. Nada.

Perico. (Mirando su reloj y paseándose agitado.) (¡Y la otra que va a venir, y ésta que no se marcha!... ¡Tengo yo una suerte!...)

Mary. Pedro... ¡Pedro!

Perico. ¿Qué le ocurre, señorita?

Mary. (Con coquetería.) Haga usté el favor. (Perico avanza un paso.) Un poco más cerca. (Perico avanza dos pasos.) Más. (Cuando ya lo tiene a dos dedos de ella.) ¡Así está bien! (Con mucho mimo.) ¿Por qué le soy a usté tan antipática?

Perico. ¿Cómo, señorita? ¿Usté antipática? ¡Nada de eso! ¡Al contrario! ¡Simpatiquísima!

Mary. ¡Embustero!

Perico. ¿Qué?

Mary. ¡Usté no me traga!

Perico. ¡Por Dios, señorita! ¿Quién le ha dicho...? Le repito que me es usté simpatiquísima. (¡A ver si así se marcha!) (Vuelve a sus paseos.)

Mary. Pedro... ¡Pedro! (El la mira.) Haga usté el favor. (El mismo juego de antes.) ¡Más cerca!

Perico. ¡Vaya!

Mary. ¿De veras que le soy a usté simpatiquísima?

Perico. ¡Mucho! ¡No faltaba más!

Mary. Entonces, ¿por qué me trata usté con tanto despego?

Perico. ¿Yo? No me he dado cuenta, señorita. Usté me disculpará. Mis nervios, mis... El...

Mary. ¡Cilindroeje!

Perico. ¿Cómo?

Mary. ¡Supongo yo!

Perico. ¡Claro! ¡Sí! (Mirando el reloj.) (¡Las siete y cuarto! ¡Me va a hacer un pie agua!) (Torna a pasear. Pausa larga.)

Mary. ¡Si supiera usté lo bien que yo coso a máquina! ¡Y a mano!

Perico. ¿Eh?

Mary. Porque yo sé coser y sé bordar, y hago un dobladillo como la primera y zurzo calcetines...

Perico. Pero, ¿a qué viene eso?

Mary. No; a que no crea usté que soy una mujer completamente inútil, que no sirve para nada.

Perico. ¡Lo celebro mucho, señorita!

Mary. ¡Señorita! ¿Por qué no me llama usté Mery?

Perico. ¡Como usté quiera!

Mary. Suena mejor y es más cariñoso. Y cuando una persona le es a otra tan simpática, como usté dice que yo le soy a usté, la llama por su nombre y no señorita.

Perico. ¡Efectivamente! Cuando una persona le es a otra tan simpática, la llama... ¡Tiene usté razón, señorita... Mery!

Mary. No, no; sin señorita. ¡Mery nada más!

Perico. ¡Pues Mery nada más! (Bufando.) (¡Tengo ciento cuarenta pulsaciones!) (Pausa.)

Mary. Pedro... ¡Pedro!

Perico. (Dando un grito.) ¿Qué?

Mary. ¡Ay, por Dios, hijo, que me ha asustado usté!

Perico. ¡Perdóneme! Pero estoy muy nervioso.

Mary. ¡Si le molesto, me voy! (La mira como para matarla.) Quería preguntarle a usté una cosa.

Perico. ¡Usté me dirá!

Mary. ¿Le gusta a usté el flan? (La mirada de Pedro es un mundo.) ¡Porque yo también sé hacer flanes, y los hago muy bien y muy en su punto!

Perico. (Perdiendo la serenidad.) ¡Mire usté, señorita, o Mery, o...! ¡Esto es una burla y esto ya no hay quien lo aguante!

Mary. ¡Pedro!

Perico. ¡No hay quien lo aguante he dicho y no retiro ni una sílaba!

Mary. ¡Pero, Pedro!...

Perico. ¡Yo voy a estallar y antes de estallar prefiero pasar por todo! ¡Se acabó! ¡Ha triunfado usté! ¡Ha vencido! ¡Se ha salido usté con la suya! ¡Y yo, encantado! ¡Pero basta ya!

Mary. ¡Pedro!

Perico. ¡Se quedará usté con el piso!

Mary. ¿Cómo?

Perico. ¡Nos mudaremos! ¡Nos iremos a Pekín, si usté quiere; pero, por los clavos de Cristo, señorita, déjenos usté vivir! ¡Que esto ya es demasiado!

Mary. ¡Pedro!...

Perico. ¡El piso para usté!

Mary. Pero, ¿qué dice usté, Pedro?

Perico. ¡Que para usté el piso!...

Mary. ¿Qué piso?

Perico ¡Este piso!

Mary. ¿Y para qué quiero yo este piso?

Perico. ¿Cómo que para qué lo quiere usté? Pues ¿no está usté pleiteando por él desde que nos vinimos?

Mary. No, Pedro, no; se equivoca usté. Yo no quiero el piso, ni me importa el piso para nada.

Perico. ¿Que no quiere usté el piso?

Mary. No, Pedro. Lo que yo quiero... lo que yo quiero es...

Perico. ¿Qué es?

Mary. ¿No lo adivina usté?

Perico. ¿Yo?

Mary. ¡Tonto!

Perico. ¡Mery!

Mary. Lo que yo quiero... Pero, ¿me va usté a dejar que se lo diga?

Perico. ¡Mery!

Mary. Lo que yo quiero es... (Y con los ojos le dice que es a él.)

Perico. (Anonadado.) ¿A mí? (Mary se cubre el rostro con las manos. Perico no sabe qué pensar ni qué decir, pero con emoción verdadera le quita las manos de la cara y se las estrecha fuertemente.) ¿Es posible, Mery? ¿No es una burla?

Mary. (Con los ojos bajos y encendida en rubores.) Si fuera una burla, ¿estaría temblando como tiemblo, Pedro?

Perico. (Con pasión.) ¡Mery! ¡Mery! Pero, ¿cómo usté?... ¡Y yo, qué ciego o qué obcecado, que había creído!... ¡Mery!

Mary. (Intentando marcharse avergonzada.) ¡Déjeme usté salir! ¡Ahora sí me marcho! ¡Déjeme!

Perico. No, Mery, no; ahora soy yo el que le suplica que no se vaya. ¡Quédese! ¡Se lo ruego!

Mary. ¡Pedro!

(Por el foro aparece DON GABRIEL, con cara socarrona.)

Don Gabriel. Perdonad que os interrumpa.

Perico. ¿Eh?

Don Gabriel. Ahí está esa *señora* que viene todas las tardes.

Perico. ¿Quién?

Don Gabriel. Esa *señora*: la condesa de Rocío.

Perico. ¿Y qué quiere?

Don Gabriel. Verte.

Perico. ¿Y le han dicho que estoy en casa?

Don Gabriel. No se le ha dicho nada hasta consultarte.

Perico. Pues que no estoy, que he salido; que vuelva mañana... ¡o que no vuelva! ¡Hágame usté el favor, tío!

(Entre don Gabriel y Mary se cruza una mirada de inteligencia.)

Don Gabriel. (Más contento que unas pascuas.) Sin favor, sobrino. ¡Que no vuelva! (Vase por el foro.)

Mary. Pero, ¿cómo? ¿No la recibe usté? ¿Acaso por mí?

Perico. No importa. ¡Es una lata! Dígame usté, Mery, dígame usté. Me interesa como nada oirla.

Mary. ¿Qué más que ya le he dicho, Pedro? ¡Ya lo sabe usté todo! El por qué de mis visitas, de mis tabarras, de mis... ¡Usté es el que ha de decirme ahora!

Perico. ¿Yo? ¡Yo, Mery, de la misma alegría no puedo ni hablar! Porque sépalo usté de una vez: yo estoy enamorado de usté desde que la conocí.

Mary. ¡Lo sabía!

Perico. ¿Que lo sabía usté?

Mary. Eso, a las mujeres, no se nos escapa nunca. ¡A ver si cree usté que, sin esa seguridad, iba yo a haberme atrevido a lo que me he atrevido!

Perico. ¡Pero me sublevaba la idea de que fuera por el piso, y no por mí, el interés que usté demostraba.

Mary. ¡Lo sabía también! Y para decirlo todo, debo confesarle que sí, es cierto. que yo comencé enamorándome del piso, pero que he terminado enamorada del inquilino. ¡Y quién lo creyera!

Perico. ¡Chiquilla!

Mary. ¡Pedro!

Perico. ¡Las noches que me has tenido sín dormir!

Mary. Pues, ¿y tú a mí, ladrón?

Perico. Pensando yo: ¿me querrá?

Mary. Diciendo yo: ¿me habré equivocado?

Perico. Pero ya pasó.

Mary. Ya pasó. Sólo un favor quiero pedirte.

Perico. ¿A mí un favor?

Mary. El primer favor.

Perico. Que ya está hecho.

Mary. (Valiéndose de toda su feminidad.) ¿Le cambiaremos el papel a esta habitación, Perico?

Perico. (Riéndose.) ¡Lo que tú quieras, mujer, lo que tú quieras!

Mary. (Abandonándose en brazos de él, de puro gozo.) ¡Ay, Pedro!

Perico. (Abrazándola y mirándola con arrobo.) ¡Mery!

(Por el foro aparece DON GABRIEL. Al verlo, corren hacia él Perico y Mary. Don Gabriel recibe a los dos con los brazos abiertos.)

Mary. ¡Tío Gabriel!

Perico. ¡Tío Gabriel!

Mary. (Al viejo, orgullosa de su triunfo.) ¿Lo ve usté? ¿Lo ve usté?

(Cuadro y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, octubre, 920.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

La diablesa, comedia en tres actos, en prosa, un telón anunciador a manera de prólogo y un intermedio en verso.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer de su casa, sainete.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

PRECIO: TRES PESETAS